

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL YERNO
DEL
SEÑOR MANZANO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON EUGENIO CARBOU Y FERRER

Y

DON JOSÉ MARTIN Y SANTIAGO.

MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

4

EL YERNO DEL SEÑOR MANZANO.

Al muy honorable señor
Luis Simón Barroja
su hijo y heredero.
7-9-908. El abogado
F. Muñoz y Santiago

EL YERNO DEL SEÑOR MANZANO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON EUGENIO CARBOU Y FERRER

Y

DON JOSÉ MARTIN Y SANTIAGO.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso, en el Teatro de APOLO de Madrid, la noche del 9 de Julio de 1878, á beneficio del distinguido actor D. Ricardo Guerra.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES

ANTONIA.....	DOÑA MARÍA ALVAREZ TUBAU.
RICARDO.....	DON RICARDO MORALES.
EL SEÑOR MANZANO.....	DON DONATO GIMENEZ.
VERDERON.....	DON RICARDO GUERRA.
ALFREDO.....	DON ENRIQUE SANCHEZ DE LEON.
DOMINGUEZ.....	DON JOSÉ CALVO.
VATEL.....	DON FERNANDO CALVO.
UN CRIADO.....	DON ENRIQUE SERRANO.

Año 1874.

Esta obra,—que en cuatro actos y con el título de «Le Gendre de M. Poirier» fué estrenada en Le Gymnase de París el 8 de Abril de 1854,—es original de los eminentes Emile Augier y Jules Sandeau, miembros de la Academia Francesa.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLÓN, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL MUY DISTINGUIDO PRIMER ACTOR Y DIRECTOR

SEÑOR DON RICARDO MORALES,

por gratitud, por cariño, y en memoria de su inolvidable
maestro, el eminentísimo Don Julian Romea,

LOS AUTORES DEL ARREGLO.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

ACTO PRIMERO.

Salon de cinco ochavas lujosamente amueblado. Tres puertas: una á cada lado del foro; otra en el lateral derecha. Chimenea con fuego en la ochava del centro. Delante de la chimenea el estrado: velador con incrustaciones y recado de escribir. Lateral izquierda, sofá y espejo. Derecha é izquierda las del actor.

ESCENA PRIMERA.

UN CRIADO y ALFREDO.

- CRIADO. Repito á usted que el señor marqués no puede recibirle; todavía no se ha levantado.
- ALF. Y son las nueve!... (Verdad es que el sol se levanta tarde durante la luna de miel!) ¿Á qué hora se almuerza en esta casa?
- CRIADO. Á las once; pero esto, ¿qué le importa á usted?
- ALF. Harás que pongan otro cubierto.
- CRIADO. ¿Para su coronel?
- ALF. Justamente, para mi coronel. ¿Es esa *La Correspondencia de la Mañana*?
- CRIADO. La misma.
- ALF. Venga!
- CRIADO. Aun no la he leído yo!
- ALF. ¿No quieres dármele? Qué diablos! Entónces no puedo

esperar; me aburriría. Anúnciame en el acto.

CRIADO. ¡Á usted?

ALF. Al duque de Monte-Azul.

CRIADO. Farsante!

ESCENA II.

UN CRIADO, ALFREDO y RICARDO.

RIC. (Saliendo puerta izquierda del foro.) Calla! Eres tú, querido duque?

CRIADO. (Cáspita! He dicho una barbaridad!) (Váse por la puerta derecha del foro.)

ESCENA III.

ALFREDO y RICARDO.

ALF. Mi querido Ricardo! (Se abrazan.)

RIC. ¡Voto al chápuro, mi buen Alfredo! Cuánto me alegro de verte!

ALF. Pues y yo?

RIC. No podías haber llegado más apropósito!

ALF. Apropósito?

RIC. Luego hablaremos de eso. Pero chico, ¡cómo estás! ¡Quién podría conocer bajo ese humilde... equipaje, á uno de los príncipes de la juventud, digno ejemplo y perfecto modelo de los hijos pródigos?

ALF. Muchas gracias!

RIC. Y puedo saber?...

ALF. Qué significa *toilette* tan particular? Que entrambos hemos hallado nuestra colocacion: tú te has casado, y yo... he sentado plaza! ¿Te gusta mi uniforme? ¡Oh, mi regimiento es mejor que el tuyo!

RIC. Vaya! (Mirándole por todos lados.)

ALF. Mira, mira qué elegancia! Es el único traje en el cual no ha entrado conmigo el fastidio! Pues... ¿y este pequeño adorno que no has visto, ó que no has querido

ver todavía?

RIC. Un galon de estambre!

ALF. Ganado en Monte-Jurra, amigo mio!

RIC. Eres un militar completo!

ALF. Sí por Dios, y estoy contento con mi empleo. El único que conviene á un noble arruinado. Luégo, nuestra vida es deliciosa en extremo!... tan activa!... siempre llena de aventuras!... Hasta la disciplina tiene tambien sus encantos!... lo creerás? El trato no deja de ser... sano, y sobre todo, chico, no hay necesidad de que la imaginacion se fatigue para nada, puesto que nuestra existencia está ordenada de antemano.

RIC. Así os evitais mil quebraderos de cabeza.

ALF. Hasta el punto de no pensar más que en divertirnos... y en reir!

RIC. Muy bien!

ALF. (Como recordando algo que se le olvidaba y formalizándose un momento.) Ah, pardiez! y en servir á la patria!! Esta idea nos llena el corazon delante del enemigo! Al primer cañonazo se acabaron las bromas, y nuestra bandera no es ya un andrajo al extremo de un palo, sino la honra del soldado; honra santa, á la que ningun enemigo puede llegar sin morir!

RIC. Bravo! Estás contento y eso es lo principal. ¿Vas á permanecer en Madrid mucho tiempo?

ALF. Sólo un mes. ¿Sabes cómo he arreglado mi vida?

RIC. No: ¿cómo?

ALF. ¡Nada te había dicho aún? Pues es muy ingenioso. Ve oyendo. Antes de salir á campaña, coloqué en casa de un banquero los restos de mi patrimonio, cuyas rentas han de proporcionarme todos los años treinta dias de mi antiguo esplendor; de suerte, que tengo mil reales de renta diaria durante un mes del año, y un mísero escudo durante los otros once. Naturalmente, he elegido la época de bailes y el carnaval, para mis locuras: llego hoy; y mi primera visita es para tí!

RIC. Gracias. ¡Ah, de ningun modo te consiento que vayas

vivir fuera de mi casa!

ALF. Hombre, no, te causaré mil molestias...

RIC. No me causarás ninguna, te lo juro. Precisamente hay desocupadas dos lindas habitaciones, conque ya ves...

ALF. Chico; con franqueza. No es á tí á quien temo molestar, sino á mí. Comprendes? Yo vengo á divertirme y tú... Tú vives en familia... tu mujer... tu suegro...

RIC. Tá, tá, tá! ¿Crees que porque me he casado con la hija de un antiguo mercader de paños, hay que escribir á la puerta de mi casa: «Aquí yace Ricardo Leon, marqués de Casa-Gentil?» Desengáñate: llevo una vida de príncipe; derramo en torno mio la animacion y la alegría; juego mucho y fuerte; compro cuadros, y tengo el mejor cocinero de Madrid, un bribon que traje de París y que pretende descender de Vatel; por tanto... mesa dispuesta para todos nuestros antiguos amigos. Entre paréntesis: mañana vas á comer con ellos y verás cómo les trato. En una palabra: el matrimonio no ha suprimido en mis costumbres más que los ingleses!

ALF. Tu mujer y tu suegro, te dejan, por lo visto, en completa libertad?

RIC. Sí por cierto. Mi mujer abandonó poco hace el colegio; es bastante bonita, algo torpe y tímida por demas; todavía muy deslumbrada por su metamorfosis, pasa buenamente su tiempo en mirar al espejo á la marquesa de Casa-Gentil. En cuanto al señor Manzano, mi querido suegro, sólo debo decirte que es digno de su apellido: modesto y alimenticio como todos los árboles frutales, parece haber nacido para vivir en espaldera; reducida toda su ambicion á figurar entre los postres de la mesa de un noble, sus votos han sido escuchados.

ALF. Já, já, já!

RIC. Decididamente he hecho un casamiento magnífico!

ALF. Y cómo has hallado?...

RIC. Necesitaba algunos fondos y buscaba á quien que pudiera prestármelos. Era, pues, una gran fortuna para mí encontrar... un Manzano!... pero al fin lo encontré.

No le ofreci, sin duda, bastantes garantías para convertirme en su deudor, pues se negó á darme un céntimo; pero debí ofrecerle las suficientes para hacerme su yerno. Me lo propuso: tomé noticias de su moralidad; supe que su fortuna provenía de la honradez más completa... y qué diablos, acepté su mano.

ALF. La de Manzano?

RIC. No, hombre, la de su hija.

ALF. Veamos con qué condiciones.

RIC. Nuestro querido Manzano tenía ántes del contrato diez millones, ¿estás?

ALF. Y ahora?...

RIC. Ahora no tiene más que siete.

ALF. Cáscaras! Tres millones de dote!

RIC. No pára ahí mi suerte. Figúrate que además se ha encargado de pagar mis deudas; y aun me parece que ha de ser hoy cuando tenga lugar semejante fenómeno.

ALF. Jí, jí, jí!

RIC. Pues por no separarse de su hija corre con todos los gastos de la casa; coches, muebles, teatros... y otras varias chucherías; quedándome libres quince mil duros de renta para los caprichos de mi mujer y para los míos.

ALF. Divino, chico, divino!

RIC. Pues aguarda!

ALF. Cómo? Queda más todavía?

RIC. Ha comprado el palacio y las tierras de Casa-Gentil, que yó mal vendí, y espero encontrar el mejor día los títulos de propiedad al desdoblar mi servilleta.

ALF. Caramba! Es un hombre delicioso tu suegro. Si llega á ser una suegra!...

RIC. Me divierto, es verdad; pero calla, calla, que aun falta.

ALF. Adelante, hijo, adelante.

RIC. Escucha. Una vez firmado el contrato matrimonial, se acercó á mí, me cogió las manos, y con una bondad llena de ternura, me pidió mil perdones por no tener más que sesenta años; pero del mejor modo posible me ha

- dado á entender que hará cuanto humanamente pueda para tener pronto ochenta. No pienso darle prisa, porque el pobre señor no es fastidioso. Se acuesta como las gallinas y se levanta como los gallos; arregla las cuentas y está siempre dispuesto á que se ejecuten en el acto mis más sencillos deseos: es un mayordomo que no me roba; ya ves con cuanta dificultad le reemplazaría!
- ALF. Eres el hombre más afortunado de la tierra.
- RIC. Ni vayas á creer que semejante casamiento me ha rebajado á los ojos del mundo: nada de eso, mi querido Alfredo. Soy el mismo de siempre: sigo como ántes, esclavo de la moda; y las mujeres han perdonado pronto mi extravagante calaverada! En fin, como te dije al saludarte, llegas muy á propósito!
- ALF. Para qué?
- RIC. No me comprendes? Tú? mi querido compañero? mi testigo obligado?
- ALF. ¡Un duelo?
- RIC. Sí, amigo mio, un delicioso duelo como en nuestros buenos tiempos.
- ALF. Però con quién te bates y por qué?
- RIC. Con el vizconde de Baladí, á consecuencia de una disputa en el juego.
- ALF. Bah! Si sólo es por eso, puede arreglarse con facilidad!
- RIC. ¡Así tratis en las filas las cuestiones de honor?
- ALF. Sí por cierto: en ellas se aprende á economizar la sangre, para verterla toda por la madre patria; nunca, ni una gota, por una cuestion nacida en el tapete!
- RIC. Y si esa cuestion fuese un pretexto para ocultar algo más sério?
- ALF. Ah! Vamos! ¡Una mujer?
- RIC. Precisamente.
- ALF. Hombre, hombre, una intriga... tan pronto! No me parece bien!
- RIC. Qué quieres? Es una pasion del año pasado que yo creía muerta de frio, y que despues de mis bodas ha tenido su veranillo de San Martin. Ya ves tú que esto, ni es sé-

rio, ni debe inquietar á nadie.

ALF. Y puedo saber?...

Ric. Por qué no? Acaso tengo secretos para tí? Es... la condesa de Martín-Doval.

ALF. Sea enhorabuena!... aunque el asunto es por extremo grave! Yo tambien tuve mis correspondientes deseos de hacerla el amor: por qué no?... pero retrocedí espantado ante los peligros que podían traer consigo unas relaciones por el estilo. Tú no ignoras que la condesa carece de fortuna y...

Ric. Que lo espera todo de su anciano esposo, que, dicho sea de paso, tendría el mal gusto de olvidarla en su testamento, si viera en ella la más pequeña infidelidad! Todo lo sé!

ALF. Y sin embargo, pones á tu cuello esa cadena?

Ric. La costumbre; un resto de amor; la codicia del fruto prohibido; el afan que tengo de burlar á ese necio de Baladí, á quien detesto...

ALF. Vaya si le haces honor!

Ric. Me irrita los nervios ese miserable que se cree de la nobleza de espada, porque el señor Baladí, su abuelo, era proveedor del ejército cuando la guerra de la Independencia! Es vizconde sin saber cómo, ni por qué, y pretende, el muy necio, valer más que nosotros, olvidando el origen de su pobre y ruin nobleza. En fin: había... un asunto... pendiente entre los dos, y ayer se suscitó de nuevo en el tapete. Oh! para quedar en paz, habré de darle una estocada, y será la primera recibida en su familia!

ALF. Te ha enviado sus testigos?

Ric. Hoy les espero. Tú y Enrique Doncel sereis los míos.

ALF. Convenido.

Ric. Convenido tambien, que te has de quedar aquí.

ALF. Sea!

Ric. Ah, diantres!... Aun cuando estamos en carnaval, no tendrás la idea de continuar con ese disfraz de héroe?

ALF. No por cierto: he avisado ya á mi sastre. (Hablan lateral

derecha.)
RIC. Calla! Oigo voces! Vas á ver á mi suegro, y con él á Verderon, uno de sus antiguos asociados, ó por mejor decir, su sombra! Verás, verás qué mamarrachos!

ESCENA IV.

ALFREDO y RICARDO; MANZANO y VERDERON, lateral derecha.

RIC. Buenos dias, mi querido don Anselmo Verderon.
VERD. Servidor de ustedes, señores.
MANZ. Buenos dias!
RIC. Presento á usted, señor Manzano, á mi buen amigo el duque de Monte-Azul.
ALF. (Mostrando los galones.) Cabo segundo de húsares.
VERD. (Sea enhorabuena!) (En tono zumbon.)
MANZ. Señor duque, tengo mucho honor...
RIC. Mas del que usted se figura! El señor duque se ha dignado aceptar la hospitalidad que me he apresurado á ofrecerle.
VERD. (Un gasto más para mi buen Manzano!)
ALF. Suplico á usted me dispense, si he aceptado una invitacion hecha tal vez con alguna ligereza.
MANZ. Caballero; el señor marqués, mi yerno, no tiene necesidad de consultarme para ofrecer mi casa á sus amigos, que considero como míos.
RIC. Vale usted cuanto pesa! Alfredo ocupará aquellas dos habitaciones... Supongo que estarán arregladas?
MANZ. Eso corre de mi cuenta!
ALF. Voy á causar á ustedes tanta molestia...
RIC. Nada de eso; por lo contrario; el señor Manzano se considera muy dichoso!... ¡No es verdad?
MANZ. Dichoso en extremo!
RIC. No se olvide usted de dar tambien sus órdenes para que esté siempre á disposicion de Alfredo la berlina azul.
MANZ. ¡La mía? (¡A voluntariamente.)
ALF. Oh! me opongo por completo.

- MANZ. Y por qué? Acaso no hay por la calle, á todas horas, coches de alquiler? No me faltarán, gracias á Dios!
- VERD. (Qué imbécil!)
- RIC. Ahora ven conmigo á visitar mis caballerizas. Verás en ellas un soberbio árabe que acabo de comprar. Quiero saber tu parecer. Vamos?
- ALF. Si usted me lo permite?... Ricardo está impaciente por desplegar á mis ojos el lujo que le rodea. Es una ocasión que aprovecha para ponderarme la amabilidad con que usted le distingue.
- MANZ. El señor duque estima en lo justo las delicadezas de mi yerno.
- RIC. A propósito, señor de Manzano. Mañana tengo un gran banquete: ¿será usted de los nuestros?...
- MANZ. No, gracias; voy á comer con Verderon.
- RIC. ¡Ah caballero Verderon!... Hace usted muy mal en arrebatarle mi suegro cada vez que vienen aquí amigos míos! (Marcado retintín.)
- VERD. (Impertinente!)
- MANZ. Mi edad molesta á la juventud!...
- VERD. (¡Cuando digo que es un imbécil!)
- RIC. Hasta luégo, pues, señor Manzano.
- ALF. Caballeros!... (Vánse foro derecha.)

ESCENA V.

MANZANO y VERDERON.

- VERD. ¿Sabes que, en efecto, encuentro á tu yerno muy obsequioso contigo? ¡Bien me habías tú dicho que al fin te harías respetar!...
- MANZ. Mira, Verderon... ó demonios, hago lo que me da la gana!...
- VERD. Sin embargo; gasta contigo amables familiaridades, que no tendría, tal vez, con los demas criados!
- MANZ. Ea!... en lugar de quemarme la sangre, ocúpate de tus asuntos!

- VERD. Ya lo hago!... Somos como dos hermanos; nuestro cariño es inmenso; los tuyos son mis asuntos; y cuando te arrastras á los piés del marqués no conoce límites mi indignacion!
- MANZ. ¡Arrastrarme yo á los piés del marqués? ¡Crees, por ventura, que su título me ciega? Yo he sido siempre más liberal que tú; ya lo sabes; y lo soy todavía: me burlo, por lo tanto, de la nobleza. El talento y la virtud son las únicas distinciones sociales que reconozco, y las solas ante que me inclino.
- VERD. Diablo! Tu yerno debe ser muy sábio ó muy virtuoso.
- MANZ. Me fastidias con tus observaciones, Verderon! ¿Quieres que á cada instante le esté recordando que es mio cuanto posee?
- VERD. Y por qué no? Son tus economías! Oye, infeliz Manzano!... Yo no he aprobado nunca el casamiento de tu hija: yo hubiera preferido para ella, para mi querida ahijada, un hombre sencillo... de nuestra esfera... pero ¡no te has dignado escucharme!
- MANZ. ¡Escucharte? No faltaba más!
- VERD. Bien lo siento!
- MANZ. No te enfades, Anselmo; pero eres un mentecato, francamente, aunque hombre de bien: sentimientos muy puros; alma muy noble; corazon muy tierno: pero en cuanto á sentido comun, puedo darte muchos puntos: no lo dudes!...
- VERD. ¡En cuanto á sentido comun? Te referirás, sin duda, al que he desplegado en mis asuntos comerciales? Si es así, tienes razon. Tú has reunido diez millones; mientras que yo apenas he podido economizar para formar me una renta de diez mil duros.
- MANZ. Y eso, gracias á mí!
- VERD. Es verdad: á tí te lo debo; pero descuida; cuando tu yerno te haya arruinado, volverán á tu hija!
- MANZ. ¡Que me va á arruinar mi yerno?...
- VERD. Y no tardará mucho.
- MANZ. ¡Estás loco?

- VERD. Tú sabes contar perfectamente: mira el paso que lleva y dime si tu fortuna puede durar mucho tiempo.
- MANZ. Bien, bien: déjame en paz!...
- VERD. Si no se tratara más que de tí, maldito si te hubiera dicho una palabra...
- MANZ. ¡Conque no me hubieras dicho nada?... ¡De modo que á tí, Verderon de todos diablos, nó te inspiro interés alguno?... ¡Te es completamente igual que me arruinen ó me dejen de arruinar?... ¡Ya has olvidado que me debes la renta que disfrutas?...
- VERD. No; más...
- MANZ. Aborrezco los ingratos!...
- VERD. ¡Á que pago yo ahora las familiaridades de tu yerno?... Te decía ántes, que si solo se tratase de tí, lo sentiría, pero... tendría paciencia, puesto que no soy tu padrino; pero lo soy de tu hija!... Comprendes ahora?...
- MANZ. Y á fé mia que hé hecho un pan como unas hóstias, al darte sobre ella derecho semejante!...
- VERD. ¡Dónde hubieras encontrado un padrino que la quisiera tanto?...
- MANZ. Sí; ya sé que la quieres más que yó: ó por lo ménos, tienes esa pretension, haciéndoselo creer tambien á mi buena hija!...
- VERD. ¡Volvemos á lo de siempre?... ¡Anda al diablo, y haz lo que te dé la gana!...
- MANZ. Lo haré; sí por cierto; que siento con toda el alma, verme expulsado, por un extraño, del corazon de mi Antonia.
- VERD. ¡Si ella te quiere mucho, tonton!...
- MANZ. No lo creas: te has puesto en mi lugar, y no tiene ya confianza sino en tí; y para tí son su dulzura y su cariño!...
- VERD. Porque yo no la causo temor de ningun género. En cambio tú, pareces un erizo: y como estás siempre hecho una bola, no sabe, la pobrecilla, cómo gobernar se contigo!...
- MANZ. ¡Con que un erizo, infame Verderon? Sin duda te pa-

- recerá muy honrado, llevar tu egoismo hasta el extremo de?...
- VERD. ¡Mi egoismo?...
- MANZ. Ah!... Es muy fácil hacerse querer de los niños cuando se obedecen todos sus gustos, sin cuidarse de sus verdaderos intereses!... (Toma *La Correspondencia*.)
- VERD. Poco á poco, Manzano. Cuando se ha tratado de los verdaderos intereses de Antoñita, he sabido aconsejarla con noble lealtad. Llegó el momento de su matrimonio, y sabes que me opuse á él con todas mis fuerzas; mientras que tú, la incitabas, torpemente, con tus descabellados consejos.
- MANZ. Pero si ella adoraba al Marqués!... Vaya, vaya; vete enhoramala, y déjame leer *Lu Correspondencia*. (Se sienta y lee.)
- VERD. Como gustes. (Se sienta tambien pero lejos de Manzano. Breve pausa.)
- MANZ. ¡Otro más?... Escucha. Don Lucas Gutierrez, propietario de una herrería, ha sido nombrado consejero.
- VERD. Y qué me importa á mí eso?...
- MANZ. ¡Ves si eres tonto?... Conque no te importa que uno de los nuestros llegue á ser algo?... No es para tí nada, ni significa nada, que el poder honre la industria, llamando á sí sus representantes?... ¡Ya puedes ser consejero!... Lo oyes?...
- VERD. Dios me libre de aspirar á tanto; Dios libre, sobre todo, á mi querida patria, de que llegue yo á ocupar semejante puesto!... (Se levanta.)
- MANZ. Oh!... El comercio es la verdadera escuela de los hombres de Estado!... ¡Quien puede dirigir el timon de una nave, con la seguridad de aquellos que han probado saben conducir su barca?...
- VERD. Una barca no es un navío; ni un simple marinero, puede igualarse á un piloto; ni es la España uua casa de comercio. Lejos de tí esa manía que se apodera de todos. Desgraciadamente, en este infortunado país, gobernar es el dulce pasatiempo de los que nada tienen

que hacer. Hombres hay, como tú y como yó, que se ocupan, sin cesar, durante treinta años, en formarse una posicion decente: poseen, por fin, un capital; y el dia menos pensado, cierran sus tiendas, y se hacen diputados; ministros, si es necesario; sin comprender ¡necios de ellos! que hay una distancia inmensa, desde el taller humilde del obrero al augusto gabinete del hombre de Estado!...

MANZ. Ninguna, á fé mia!...

VERD. En vez de pensar en gobernar la España, gobiernen sus casas; y no cásen sus hijas con arruinados marqueses, que creen hacernos un grande honor, pagando las deudas de sus disipaciones con nuestras economías, ganadas por el trabajo y la honradez.

MANZ. Es por mí, por quien dices eso?... (Levantándose.)

VERD. Nó: por mí!...

ESCENA VI.

ANTONIA, MANZANO y VERDERON.

ANT. (Puerta izquierda del foro.) Buenos dias, papá!... Qué tal?... Hola, mi querido padrino!... Vendrás á comer con nosotros?... Me alegro!... Eres muy amable!...

MANZ. Y yo, que le hé convidado, qué soy?

ANT. Tú?... Encantador!...

MANZ. Únicamente te parezco encantador, cuando convido al tuno de Verderon!...

ANT. Dime; y mi esposo?... (Á Verderon.)

MANZ. En la caballeriza! Donde ha de estar!...

ANT. ¡Vas á criticarle?... Pues sienta muy bien en un noble, la aficion á los caballos y á las armas!...

MANZ. Bien; pero además debía pensar en otra cosa.

ANT. Oh!... Adora las artes; la pintura, la poesía, la música!...

MANZ. Pasatiempos ¡inútiles!...

VERD. No lo creas!...

MANZ. Eso es: defiéndele ahora delante de Antoñita!... De ese

- modo, lograrás arrebatarme por completo su cariño!... Maldito Verderon!... (Se dirige á Antonia) Hace poco aseguraba que tu esposo me arruina... Nó decías eso?... (A él.)
- VERD. Justamente: pero con cerrarle tu bolsa!...
- MANZ. Mas sencillo es que se ocupe en algo.
- ANT. Acaso no se ocupa?... y mucho?...
- VERD. (Con sorna.) Sí; en derrochar cuanto dinero tiene!...
- MANZ. Y yo quisiera para él una ocupacion más lucrativa!...
- VERD. Cuál?... Ten presente, que él no puede, como nosotros, ponerse á vender paño ó franela.
- MANZ. De lo que es incapaz!... y nó le pido tanto!... Quisiera solo que tomase una posicion digna de su rango... una embajada, por ejemplo.
- VERD. ¡Una embajada?... Eso no se toma... así... como un reuma!...
- MANZ. Cuando uno se llama El Marqués de Casa-Gentil, puede pretenderlo todo.
- ANT. No tiene él necesidad de pretender nada, papá!...
- MANZ. Pero siempre ocioso!...
- VERD. Y crees acaso que tu yerno renunciará á las altivas tradiciones de su familia, por el solo gusto de matar la pereza?...
- MANZ. ¡Tradiciones de familia?... Bah!... Si las tuviese en algo, no se hubiera casado con la señorita Manzano!
- ANT. Mil gracias!...
- MANZ. Eh!... tonta!... déjame hacer, y escucha ahora!... Todos los hombres idolatran á sus mujeres durante la luna de miel. Si en uno de esos momentos en que el amor... Tú yá no comprendes esto, Verderon!...
- VERD. Hum!...
- MANZ. Si en uno de esos momentos, le manifestases mis deseos... eh?...
- ANT. ¡Oh padre mio!... (Negándose.)
- MANZ. Cáspita!... Pues de ese medio usaba tu madre para conseguir de mí cuanto quería!...
- ANT. ¡Suplicarle que admita un empleo!... ¡Como un cual-

quiera!...

MANZ. Hola!...

ANT. Jamás me atreveré á hablar á mi esposo, de una cosa tan grave!...

MANZ. Tu dote te dá derecho para hablar de todo!...

ANT. Se encogería de hombros sin contestarme una palabra!...

VERD. Cómo?... cómo es eso?... se encoje ya de hombros cuando tú le hablas!...

ANT. Nó; pero...

VERD. Hay pero?... Bajas los ojos?... Me parece adivinar que tu esposo te trata con ménos cariño del que te mereces.

MANZ. Tienes de él alguna queja?

ANT. Nó, papá.

MANZ. Acaso no te ama?...

ANT. No digo eso!...

MANZ. Pues qué dices, entónces?...

ANT. Nada!...

VERD. Vamos á ver, hija mia: explicate francamente con tus viejos amigos. Nosotros no tenemos más deberes, que velar por tu dicha. ¿Á quien vés á confiarte, si te ocultas á tu padre y á tu buen padrino?... Tú tienes un pesar!...

ANT. No!... Ninguno!... Mi esposo es bueno y cariñoso conmigo!...

MANZ. Pues entónces!...

VERD. Y eso es suficiente?... Será bueno y cariñoso, convenido; pero hace tanto caso de tí como de una muñeca; ¿no es verdad?

ANT. La culpa es mia!... Soy tan tímida con él!... No me atrevo á mostrarle mi alma, ni á abrirle mi corazón!... Tengo la seguridad de que me ha tomado por una colegiala que ha querido ser marquesa!...

MANZ. El muy imbécil!...

VERD. Por qué no le dices cuanto sientes?...

ANT. He probado mil veces, pero el tono de sus palabras era

tan opuesto al de las mias... que no me he atrevido á continuar!... Hay confidencias que mueren en el acto de nacer, si falta quien las anime y excite!... El alma tiene tambien su pudor!... Tú debes comprender todo esto, mi buen Anselmo!...

MANZ. Cáspita!... Y por qué no he de comprenderlo yo tambien?...

ANT. Tú tambien, papá!... ¿Cómo decir á Ricardo que no es su título lo que me ha cautivado, sino sus maneras elegantes, su talento, su aire aristocrático y el desprecio que siente por las cosas mezquinas de esta vida?... ¿Cómo decirle, en fin, que él es el ideal de mis ensueños, si á la primera expansion de mi sencillo cariño me detiene con una burla cualquiera?...

MANZ. Tonta, pues si gasta bromas, ¿qué más quieres? Eso prueba el buen humor del señor marqués!...

VERD. Ó tal vez que su esposa le causa ya fastidio!...

MANZ. ¡Eso es verdad?...

ANT. ¡Ay de mí!... ¡Creo que sí!...

MANZ. Naturalmente, señor!... Un hombre que está ocioso todo el dia!... Los maridos se fastidian muy pronto de sus mujeres, si no tienen otra cosa que hacer más que quererlas!...

ANT. ¿Eso es verdad, Anselmo?...

MANZ. Canastos!... Pues no te lo digo yo?

VERD. Creo, en efecto, que las pasiones vivas se agotan pronto, y que es preciso administrarlas, como la fortuna, con mucha economía.

MANZ. La abundancia hasta en la dicha cansa!...

VERD. Una mujer debe ser la preocupacion y no la ocupacion de su esposo!...

MANZ. Y si no, ¿por qué adoraba yo á tu madre?... Porque apenas tenía tiempo de pensar en ella.

ANT. Pero mi esposo...

VERD. Tiene veinticuatro horas el dia para amarte.

MANZ. Es demasiado amar, desengáñate!...

ANT. Oh!... Ustedes me abren los ojos!...

- MANZ. Que acepte un empleo y verás cómo las cosas entran en orden!...
- ANT. Qué dices á esto, Verderon?...
- MANZ. Pero hija mia, tengo ya un verderon en la punta de la nariz!...
- VERD. Tu padre tiene razon.
- MANZ. Gracias á Dios!
- VERD. La dificultad está en que el señor marqués consienta.
- MANZ. Yo pondré el cascabel al gato. Ayudadme vosotros dos.
- VERD. Tratas de abordarle pronto?
- MANZ. Despues de comer, porque he observado que el señor marqués tiene algo alegre la digestion. Pero si se presentase ántes alguna buena coyuntura!... (Ruido foro.)
- VERD. Ahí viene con su amigo.
- MANZ. Pues... veremos!... veremos!...

ESCENA VII.

ANTONIA, MANZANO, VERDERON, RICARDO y ALFREDO, foro derecha.

- RIC. Mi querida Antoñita; el duque de Monte-Azul no es un desconocido para tí. (Presentádoselo.)
- ANT. Con efecto, caballero, Ricardo me ha hablado tantas veces de usted, que creo estrechar la mano de un antiguo amigo.
- ALF. Gracias, señora; y tanta bondad me obliga á creer que un instante puede á veces improvisar, como usted dice, una amistad antigua!... (Á Ricardo.) (Es divina!)
- RIC. (Vaya si es divina!...) Tengo que darte una buena noticia, querida mia: Alfredo vivirá con nosotros mientras dure su licencia. (Se sientan todos.)
- ANT. Cuánta amabilidad!... Supongo que la licencia no terminará?...
- ALF. Dentro de un mes.
- ANT. Tan pronto?...
- ALF. Me espera en el Norte mi regimiento!...
- VERD. Su ejemplo de usted es noble en extremo, y ha hecho usted admirablemente en no considerar la ociosidad co-

mo una herencia de familia!...

RIC. (Una pullita?...) Conque ya sabes mi sencillo modo de vivir. Dime ahora si hay en el mundo otro más feliz que yo?...

ALF. No por cierto.

MANZ. (Ánimo!...) Ricardo, tú eres dichoso, lo acabas de decir, y esa es para mí la más dulce recompensa.

RIC. Mi deseo es aumentarla cuanto pueda!

MANZ. Bien, pero... el caso es, que...

RIC. Siga usted!...

MANZ. Han pasado ya tres meses de verdadera luna de miel, y... ¿No es eso, Verderon?...

VERD. Hombre, yo!...

MANZ. La parte poética me parece suficiente; pasemos a la prosáica!...

RIC. Mil diantres!... Habla usted como un libro!... Pasemos, pasemos á la prosáica!...

MANZ. Veamos, ¿qué piensas hacer?...

RIC. Hoy?...

MANZ. Y mañana... y pasado... y todos los dias. Debes tener formada alguna idea.

RIC. Pues ya lo creo!... Mi plan está acordado y es sencillo en demasia. Haré hoy lo que hice ayer y mañana lo que hoy. No, no vaya usted á creerme algun veleta, porque mi aire sea un tanto alegre: nada de eso: y con tal que el porvenir se parezca al presente, me tiene usted contento!...

MANZ. Hombre!...

RIC. Sí señor!...

MANZ. Bien: pero... tú eres razonable, y no supondrás que la luna de miel ha de durar eternamente.

RIC. Vaya si soy razonable!... y práctico en astronomía!... Usted habrá leído, de seguro, á Henri Heine?... un autor aleman?...

MANZ. Tú has leído eso, Verderon?...

VERD. Sí; sí lo he leído!... (Que se vea que no.)

RIC. Pues bien; Henri Heine supone que cuando la luna sea

demasiado vieja, habrá alguien, allá, en lo azul, que la rompa en pedazos para hacer estrellitas!...

MANZ. No lo sabía yo!...

RIC. De consiguiente, cuando la nuestra nos parezca algo antigua, la romperemos tambien y haremos con sus restos tanta bendita estrella... que bien podremos formar una nueva via láctea en el cielo de nuestra felicidad!...

MANZ. Sí, pero un hombre de tu talento no debe condenarse á vivir eternamente ocioso!...

RIC. ¡Ocioso?... ¡Un recien casado?!...

VERD. Llegará usted á aburrirse!

RIC. Tendré resignacion.

ANT. Y se apoderará de tí el fastidio!...

RIC. Te calúmnias, hermosa mia!...

ANT. No tengo la pretension de llenar con mi cariño toda tu existencia, y... te lo confieso... sería muy dichosa si imitases al señor duque...

RIC. Ah!... quieres que siente plaza?...

ANT. No es eso!...

RIC. ¡Entónces?...

MANZ. Deseamos... que tome usted una posicion digna de su nombre.

RIC. Mi nombre sólo me permite tres posiciones: soldado, obispo ó labrador. Escojan ustedes!...

MANZ. Hombre... como buenos ciudadanos, nos debemos en primer lugar á la pátria!...

VERD. Y nada tendría de extraño que usted la sirviese, cuando los pobres hijos del pueblo corren presurosos á verter por ella su sangre... que debiera poner roja de vergüenza la faz de todos los nobles, de todos los ricos, que, por no imitar ejemplo tan heróico, huyen al suelo extranjero, cubiertos de baldon y de ignominia.

ALF. Noble hay que viste el sencillo uniforme del soldado y mezcla tambien su sangre con la del pueblo!...

VERD. No todos siguen, señor duque, la senda que usted ha emprendido!...

RIC. Terminemos la cuestion!...

- MANZ. Bien, pero...
- RIC. Basta, señor Manzano. (Pausa.) Perdona, amigo mio; es la primera vez que se habla aquí de asunto semejante, y te aseguro que será la última!... (Se levanta; los demas le imitan.)
- ALF. (Á Antonia.) (Han aconsejado á usted con poco acierto!)
- ANT. (Contestándole.) (Lo veo demasiado tarde, caballero!...)
- VERD. (Á Manzano.) (Valiente negocio has hecho!...)
- RIC. (Á Alfredo.) (El primer asalto ha sido rechazado; ya lo has visto: sin embargo, continúa el sitio!...)

ESCENA VIII.

ANTONIA, MANZANO, VERDERON, RICARDO, ALFREDO, y un CRIADO, foro.

- CRIADO. (Á Manzano.) En el despacho hay algunos señores, que aseguran tener cita con usted.
- MANZ. Muy bien: dígales usted que esperen un momento. (Váse el criado: foro.)

ESCENA IX.

ANTONIA, MANZANO, VERDERON, RICARDO y ALFREDO.

- MANZ. (Después de mirar su reloj.) Son tus acreedores, yerno mio.
- RIC. No por cierto, suegro de mi vida; son los de usted, puesto que se los he traspasado no hace mucho.
- ALF. Lindo regalo!...
- VERD. (Tomando su sombrero.) Adios, Señor Marqués!.. señor Duque!.. (Saludándoles.)
- RIC. ¡Tan pronto?... ¡No almuerza usted con nosotros?...
- MANZ. Vendrá á comer.
- VERD. Agradezco la distincion; pero tengo que hacer un negocio... Señores!... (Saluda á Ricardo y Alfredo; dá la mano á Manzano y Antonia; y se vá foro derecha.)

ESCENA X.

ANTONIA, MANZANO, RICARDO y ALFREDO.

- Ric. Oye, Antoñita. El día está hermoso. ¿Quieres que demos un paseo?...
- ANT. Como gustes.
- Ric. Pues anda á vestirme, y saldremos en almorzando.
- ANT. (Despidiéndose de todos.) Hasta luégo!... (Váse puertá izquierda, foro.)

ESCENA XI.

MANZANO, RICARDO y ALFREDO.

- MANZ. Y yo voy á pagar tus... dispensa... *mis* acreedores!...
- Ric. Por supuesto, que no porque esas gentes me hayan prestado su dinero, vaya usted á ser galante con ellos?!... ¡Valientes tunos!... Alfredo; tú debes conocerlos. Plaza, Judas Dominguez, el tunante de Perez!...
- ALF. Sí que los conozco!... Han sido los primeros enemigos con quienes me batí en regla!... Ya ves: me prestaban á un cincuenta por ciento!...
- MANZ. Qué ladrones!... Y usted cometía la torpeza de?... Mil perdones, señor Duque, mil perdones!...
- ALF. ¡Qué quiere usted?... Cuando uno se vé obligado...
- MANZ. Supongo, mi buen yerno, que tú no habrás pedido dinero á un interés tan alto?
- Ric. Yo tambien quisiera suponerlo; pero...
- MANZ. ¡Al cincuenta por ciento!?...
- Ric. Ni más, ni ménos!...
- MANZ. Es demasiado!...
- Ric. ¡Qué quiere usted?...
- MANZ. Me parece que devolviendo á esos bribones la cantidad que te prestaron, más un seis por ciento de interés, has satisfecho la más escrupulosa probidad!...
- Ric. No se trata aquí de probidad: es una cuestion de honor!...

- MANZ. Y ¿qué diferencia hay para tí entre el honor y la probidad?...
- RIC. El honor es la probidad de los nobles!...
- MANZ. Es decir, que las virtudes cambian de nombre, cuando... algunos... se dignan practicarlas?... Una cosa me maravilla; y es, que la nariz de un noble, se digne llamarse como la nariz de un plebeyo!...
- RIC. Ese consiste en que todas las narices son iguales.
- ALF. Sobre poco más ó ménos pulgada y media para todos!...
(Ligerísima pausa.)
- MANZ. Pues bien, Ricardo; es mucha fortuna para tu honor, el que mi probidad pague sus deudas!... Pero como yo no pertenezco á la nobleza, procuraré terminar el asunto del modo que sea mas ventajoso para mí.
- RIC. Muy listo ha de ser usted para obligarles á soltar la presa!... Son dueños de la situación!...
- MANZ. Ya veremos; ya veremos!... Voy á recibirles, no se irriten con una espera más larga!...
- RIC. Bien hecho!... Serían capaces de devorarle á usted!...
(Váse Manzano, puerta lateral derecha.)
- ALF. Pobre señor!...

ESCENA XII.

RICARDO, ALFREDO y un CRIADO, foro derecha.

- CRIADO. Los señores de Luna y de Gorostiza, que vienen de parte del Sr. Vizconde de Baladí.
- RIC. Está bien. (Váse Criado; foro.)

ESCENA XIII.

RICARDO y ALFREDO.

- RIC. Recíbelos tú, querido Alfredo. El duelo mañana á las dos de la tarde!...
- ALF. ¡Decidido?...
- RIC. Decidido!...

- ALF. Á primera sangre?
RIC. Á muerte!... Te quedas á almorzar?..
ALF. Nó; pero vendré á comer. Nos veremos ántes?
RIC. La señora de Martin Doval me espera á las tres... Pues bien; á las tres, aquí!..
ALF. Adios!... (Se acerca al foro derecha como á recibir á los que anunció el Criado.)
RIC. Y entretanto... á pasear con mi esposa!... (Váse puerta foro izquierda. Telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIA y RICARDO regresan del paseo: foro derecha.

RIC. Delicioso paseo, Antonia mia!...

ANT. Delicioso en verdad!...

RIC. No has notado qué dulce aroma en el ambiente?...

ANT. Ha habido momentos en los cuales creía respirar las primeras embalsamadas brisas de la primavera.

RIC. Parecía que estábamos en abril!

ANT. (Con mimo.) De modo que no te has aburrido á mi lado, ¿no es esto?...

RIC. ¡Aburrirme á tu lado?... Ah!... Eres sin disputa la mujer más encantadora que conozco!...

ANT. ¡Cumpliditos, señor mio?...

RIC. No por cierto, la verdad; y puedo asegurarte que no he de olvidar, mientras viva, el dia de hoy!... (Intencion picaresca.)

ANT. Dios te escuche!...

RIC. Eres tan buena!... tienes un alma tan sencilla, tan llena de nobles sentimientos!... ah!... vivia á tu lado sin conocerte!...

- ANT. De modo que me quieres... algo?...
- RIC. Algo nada más?... Te quiero mucho; te adoro, como adoran los ángeles á Dios!...
- ANT. Esposo mio!... (Quedan dulcemente abrazados.)
- RIC. En cambio, tú...
- ANT. (Bajando la voz como para que él solo la oiga. Mucho cariño, mucha coquetería.) Yo te quiero con delirio, y... siento con toda el alma, que el máximum del cariño más ardiente sea una cosa tan mezquina!...
- RIC. Por qué me has ocultado entónces esta dulce expansion de tu cariño?... Ha sido por coquetería?... para empezar desde hoy nueva luna de miel? Yo no era más que tu esposo... un esposo, así, á secas; pero desde ahora quiero ser tu amante!...
- ANT. No, Ricardo; continúa siendo mi esposo!... Á un amante se le deja de querer, á un esposo jamas!...
- RIC. ¡No eres romántica?...
- ANT. Lo soy á mi manera!... Tengo sobre el particular algunas ideas que no están á la moda; pero que se han arraigado en mí, como se arraigan todas las impresiones de la infancia. Cuando yo era niña, no podía comprender que mi padre y mi madre fueran dos extraños unidos luégo ante el altar: yo les creía parientes; y el matrimonio ha quedado impreso en mi alma, como el más tierno y el más estrecho de los parentescos. El amor por otro hombre que no sea mi esposo, me parece un sentimiento contra la naturaleza!...
- RIC. Ah, querida mia!... Esas ideas son dignas de una matrona romana!... Consérvalas siempre, y guardarás intacto mi honor y completa mi felicidad!!
- ANT. Pero... cuidado, (Desprendiéndose de sus brazos.) que toda medalla tiene su reverso!... Soy celosa!... No lo niego; y como para mí no hay más que un hombre en el mundo, quiero todo... todo su cariño: lo entiendes?... Si un dia llego á descubrir que ese cariño se emplea en otra parte, no me quejaré, no te haré súplica alguna; pero el lazo que nos une quedará roto para siempre; serás

de repente un extraño para mí, y yo... ¡me creeré viuda!!...

RIC. (Diablo!...) No temas nada, tonta!... Vamos á vivir como dos tortolitos!... ya verás!... como Pablo y Virginia!...

ANT. Ricardo!!...

RIC. Vida mia!!... (Nuevo abrazo. Ligera pausa.)

ANT. Tenemos hoy convidados?...

RIC. No, mañana: hoy nos acompañan solamente don Anselmo y Monte-Azul. ¿Por qué lo preguntas?...

ANT. Por si debo hacer mi *toilette*.

RIC. Sí, por Dios! Quiero que al verte Alfredo tan hermosa, tenga envidia de mi dicha, y piense por fin en casarse

ANT. Voy, pues, á arreglarme... Adios!...

RIC. (Estrechando con pasión sus manos.) Este día quedará eternamente grabado en mi corazón!...

ANT. (¡Qué feliz soy!...) (Ruido dentro, puerta derecha del foro.)

RIC. Pero, qué ruido es ese?

ANT. Ah! (Viendo venir á Dominguez.)

RIC. Mis acreedores!...

ESCENA II.

ANTONIA, RICARDO y DOMINGUEZ.

RIC. Usted aquí?... Ha equivocado usted la salida. La escalera de servicio se encuentra al otro lado.

DOM. No hemos querido marcharnos sin ver á usted, señor Marqués; y vengo en nombre de mis compañeros y en el mio...

RIC. ¡Á darme las gracias?... Les dispense todo cumplido...

DOM. Aquí no se trata de gracias, sino de lo que en realidad nos pertenece!...

RIC. ¡Qué broma es está?

DOM. Hemos prestado nuestro dinero al cincuenta por ciento!...

RIC. Y no acaban ustedes de ser pagados religiosamente?

DOM. No por cierto; nos han obligado á hacer una rebaja de

- RIC. treinta mil duros!...
- DOM. Cómo es eso?
- DOM. Y hemos tenido que ceder, so pena de perderlo todo!... Su señor suegro de usted nos ha abonado solamente el seis por ciento... y vengo por el resto!...
- RIC. (Á Antonia.) Su padre de usted se ha portado de una manera indigna!... (Á Dominguez.) Quedo siendo deudor de ustedes. Yo pagaré, puesto que tengo todavía quince mil duros de renta.
- DOM. De los cuales sabe usted perfectamente que no puede disponer sin el consentimiento de su esposa!...
- ANT. (Ah!...) (Meditando.)
- DOM. Esta es la escritura del préstamo!... (Antonia se la arrebató y escribe y firma en ella.) Y como hay quién dice si es ó no dichosa con usted!...
- RIC. Silencio, y fuera de aquí!...
- DOM. Oh!... No se arroja de ese modo á gentes honradas que han hecho á usted un favor... y que suponían valía alguna cosa la firma del Señor Marqués!...
- ANT. Y que no se engañan!... Están ustedes pagados!... (Desvolviendo á Dominguez la escritura.)
- RIC. Antonia!!... (Comprendiendo su noble acción.)
- ANT. (Al acreedor con gran dignidad.) Puede usted retirarse!...
- DOM. Señora Marquesa!... Señor Marqués!... (Saludando y retirándose haciendo mil cortesías.)

ESCENA III.

ANTONIA y RICARDO.

- RIC. (Saliendo de su estupor.) Antonia!... Yo te adoro!...
- ANT. Mi querido Ricardo!... (Se abrazan.)
- RIC. ¿Dónde diablos habrá encontrado tu padre, un corazón tan bueno como el que te há dado?...
- ANT. No le juzgues con severidad!... Es bueno y generoso, aunque económico por extremo. Resábios del comercio!... En fin, querido mio; si crees que hé cumplido con mi deber, perdona á mi padre los disgustos que

llegue á causarte en adelante!...

RIC. ¡Qué puedo negarte yá?...

ANT. No le pondrás mala cara: me lo prometes?...

RIC. Le pondré la mejor de todas, puesto que así lo deseas; querida Marquesa!... ¡Marquesa!... Entiendes?...

ANT. Llámame tu esposa!... Es el único título que me llena de alegría y de orgullo!...

RIC. Ah!... (Abrazándola.)

ANT. Conque... voy á hacer mi *toilette*. (Desprendiéndose de él y enjugando las lágrimas de su alegría.)

RIC. Sí, sí; que quiero estés muy hermosa!...

ANT. Adios, pues!...

RIC. Adios!... (Váse Antonia puerta foro izquierda.)

ESCENA IV.

RICARDO, solo.

(Contemplando á Antonia mientras ella se marcha.) ¡Qué bonita es!... Cien veces mas bonita que la Condesa de Martin Doval!... (Volviéndose.) El diablo me lleve, si nó estoy á punto de enamorarme de mi mujer!... El amor es como la fortuna: mientras corremos locamente en su busca, nos espera él en nuestra casa sentado y con babuchas!... (Se sienta.)

ESCENA V.

RICARDO y MANZANO.

MANZ. (Puerta lateral derecha.) ¡Hola, yerno mio!... ¿Has visto á tus acreedores?...

RIC. Sí señor: váya si los hé visto!...

MANZ. Te habrán llenado de injurias?...

RIC. Todo lo contrario: se han retirado muy contentos. ¡Como que han sido pagados...

MANZ. Eh?...

RIC. Por todos sus créditos!...

- MANZ. ¡Que les has pagado?!... (Con asombro.)
- RIC. Yó... precisamente... nó: Antonia!
- MANZ. Dios de bondad!... Qué dices?...
- RIC. No hay que apurarse!... Pierde usted algo?... Lo hemos perdido nosotros.
- MANZ. Desgraciada!... La hé formado yo un capital, para que lo arroje así por la ventana?...
- RIC. Tiene un corazon de oro!...
- MANZ. Que usted, incapaz de un sentimiento noble, explota sin cesar!...
- RIC. Caballero!!...
- MANZ. Menos altivez, y más dignidad!...
- RIC. Aconsejo á usted...
- MANZ. No vengo á escuchar consejos: vengo á darlos; y debe usted admitirlos, por más que le sepan mal.
- RIC. (Seamos filósofos!...) (Hojea un libro.) Ya escucho.
- MANZ. Al entregar á usted mi hija y tres millones, supuse que usted buscaría una ocupacion digna de su elevada esfera.
- RIC. ¡Otra te pego?... Para qué, teniendo tanto dinero...
- MANZ. Hoy veo cuan grande fué mi error, al suponer que un noble trataría de ocuparse como un hombre.
- RIC. Bah!...
- MANZ. Y como sé perfectamente que usted me toma por un personaje de muy poquísimo talento...
- RIC. ¿De dónde saca usted semejante cosa?...
- MANZ. Quiero advertirle, que tengo yo más sentido comun en el tacon de una bota, que usted bajo el sombrero.
- RIC. Ah!... diantres!... qué lenguaje tan trivial!... Habla usted como un hombre del pueblo!...
- MANZ. Yo no soy un marqués!...
- RIC. No lo diga usted tan alto, que acabarían por creerlo.
- MANZ. Que lo crean ó nó, me importa poco. No tengo la pretension de ser noble, á Dios gracias!... Yo soy tan solo un viejo liberal, que juzga á los hombres por sus méritos; nó por sus títulos; y desprecio, altamente, la suerte que tienen algunos al nacer. (Con intencion.)
- RIC. Bien hecho!... (Con mofa, haciéndose el tonto.)

- MANZ. La nobleza está muy léjos de deslumbrarme; todo lo contrario; me burlo de ella!...
- RIC. De modo, que para usted, yo nó tengo mérito alguno?...
- MANZ. No señor; ninguno!...
- RIC. Entónces... ¿por qué me ha dado usted la mano de su hija?...
- MANZ. (Cortado, confuso y balbuciente.) Que por qué... se la he dado... á usted?...
- RIC. ¡Ha sido con doble fin?!...
- MANZ. ¡Con doble fin?... yó!...
- RIC. Seamos claros! Cuando usted me hizo frecuentar su casa, su hija de usted nó me amaba: yo han sido ciertamente mis deudas las que le han obligado á usted á elegirme por su yerno; ni mucho ménos mi título, puesto que usted desprecia la nobleza. Si nada de esto há sido, nó hay duda de que usted guarda, respecto á mí, algun otro pensamiento.
- MANZ. Y bien, señor mio: aun cuando haya tratado de conciliar mis intereses con la dicha de mi hija ¿qué mal puede usted ver en esto?... Ninguno. ¡Que yo he dado á usted tres millones de mi bolsillo? Mejor. ¿Hay quien tenga derecho á censurar mis actos?... De ningun modo. Por otra parte; ¿qué le importa á nadie, ni qué tiene nadie que ver, con que en mis cálculos entre el elegir un yerno que pueda indemnizarme de mi sacrificio, sobre todo, cuando mi hija le adora?... He pensado primero en ella; era mi deber: despues en mí; estaba en mi derecho.
- RIC. Nada replico, señor Manzano; aun cuando desde un principio, debía usted haber sido mas franco conmigo.
- MANZ. Es que da usted tan pocos ánimos...
- RIC. ¿Me guarda usted rencor por alguna de mis bromas?... Quizá no sea yo el más respetuoso de los yernos; pero... prometo enmendarme. Soy, sin embargo, formal en los asuntos sérios; y encuentro muy justo que busque usted en mí, el apoyo que yo he encontrado en usted.

- MANZ. (Hablará de veras?)
- RIC. Veamos, pues, en qué puedo serle útil; si es que usted me cree útil para algo!
- MANZ. Yo!... había soñado... (Se corta.)
- RIC. Adelante!... (Animándole.)
- MANZ. Tú... tal vez...
- RIC. Vamos!... Lo de siempre!...
- MANZ. Sentiría...
- RIC. ¡No ha de abandonar usted un sólo instante, ese pícaro afán por danzar en la política?...
- MANZ. No se trata ahora de danzas; y hazme el obsequio de juzgarme mejor. Ni soy vano... ni frívolo...
- RIC. Pues entónces, qué mil diablos es usted?...
- MANZ. Soy... ambicioso!... (Muy cómico y muy compungido.)
- RIC. ¡Y para decir eso se pone usted colorado?... Por qué?... Usted ha adquirido en los negocios la suficiente experiencia para pretender cuanto guste. El comercio es la verdadera escuela de los hombres de Estado!...
- MANZ. Eso mismo me decía Verderon esta mañana!... (De modo que el público recuerde que quien lo dijo fué él.)
- RIC. Allí se adquiere esa elevación de miras, esa nobleza de sentimientos, y ese golpe de vista, que enseñándonos á desdeñar con arrogancia los pequeños intereses, forman los grandes hacendistas!...
- MANZ. Oh!... yó no pretendo!... (Con fingida y afectada modestia.)
- RIC. Pero en suma, ¿qué podría convenirle á mi querido suegro?... ¡Un gobierno de provincia?... ¡Un distrito?... Báh!... Un puesto diplomático?... Calle!... Precisamente el de Constantinopla está vacante!...
- MANZ. Mis gustos son sedentarios y... no entiendo una palabra del turco!
- RIC. (Dándole golpecitos en la espalda.) Vaya!... Yo creo que un puesto en el Consejo de Estado, le iría á usted como un guante!...
- MANZ. Lo crees tú así?... (Rebosando de alegría.)
- RIC. Pero, caramba!... Si usted no tiene ningún título literario, ni ha seguido usted carrera alguna, ni...

- MANZ. ¡Eso qué importa?... Tengo, en cambio, mucho dinero!!...
- RIC. ¡Que malgastaría usted por conseguir su objeto?...
- MANZ. Creo que sí!...
- RIC. ¡Supongo que esa ambicion no se detendrá en tan buen camino?... Necesita usted un título nobiliario!...
- MANZ. Oh!... oh!... Me interesan poco esos juegos de la vanidad!... Soy, como te dije ántes, un antiguo liberal y nada más!...
- RIC. Pues, por lo mismo!... Un liberal, debe, en efecto, despreciar la nobleza antigua; pero la moderna, la que no viene á nosotros por herencia, sino á fuerza de trabajo; la que se adquiere...
- MANZ. Oh!... la que uno se debe á sí mismo!
- RIC. Usted será conde!!... (Cómica formalidad.)
- MANZ. NÓ. Es preciso ser razonable. Baron solamente!...
- RIC. El baron del Manzano!!... Vaya si suena bien!...
- MANZ. Eso, eso, el baron del Manzano!...
- RIC. (Soltando la carcajada despues de mirarle atentamente.) Já! já! já!... Le ruego á usted me dispense, pero es tan chusco todo esto!... ¡Baron!... ¡Baron del Manzano!... Já! já! ¡El baron de la Castaña!!!...
- MANZ. (¡Se ha burlado de mí!...) (Aparece Alfredo foro derecha.)

ESCENA VI.

RICARDO, MANZANO y ALFREDO.

- RIC. Ven acá, Alfredo, ven acá!... Sabes tú para qué Guzman Leon de Casa-Gentil recibió tres lanzazos en La Higuera? Sabes tú para qué Francisco Leon de Casa-Gentil subió el primero en el asalto de Galera?... Para qué Enrique Leon de Casa-Gentil se hizo matar en Cerinola?... Para qué Felipe Leon de Casa-Gentil tomó dos banderas en la batalla de Almansa?... Para qué mi abuelo se cubrió de heridas en la de Bailen?... Pues fué, únicamente, para que el señor Manzano fuese un día consejero de Estado ó Baron!... Já! já! já!...

- ALF. Qué dices?...
- RIC. Ahí tienes el secreto del ataque que hé sufrido esta mañana.
- ALF. Ya comprendo!...
- MANZ. Y sabe usted, señor Duque, para qué hé trabajado catorce horas diarias durante treinta años?... Para qué he expuesto mi salud, mi vida y mi honra en los negocios mercantiles?... Para qué he reunido duro por duro diez millones, privándome de todo?... Pues fué, únicamente, para que Ricardo Leon de Casa-Gentil, que no recibió heridas en ninguna batalla, ni subió el primero en ningun asalto, ni tomó banderas en Almansa, ni se hizo matar en ninguna parte, pueda morirse de viejo en un lecho de plumas, despues de haber pasado su vida sin hacer absolutamente nada!...
- ALF. Bien dicho, caballero!...
- RIC. Mira tú si promete para la tribuna!...
- MANZ. Y tú, para qué prometes, yerno mio?... Para la medicina?... Para las matemáticas?...
- RIC. ¡Quién habla de eso?...
- MANZ. Pues es necesario hablarlo; á no ser que trates de sostener tu rango con setenta mil reales de renta!...
- RIC. ¡Setenta mil reales de renta?...
- MANZ. De qué nace ese asombro?...
- RIC. No comprendo!...
- MANZ. Cáspita!... La cuenta es bien sencilla! (En tono grave, como un administrador que rinde cuentas.) Há recibido usted tres millones por la dote de mi hija. La canastilla de boda y los gastos de instalacion, han absorbido uno: en carruajes, caballos y alhajas, ha gastado usted, neciamente, puesto que yo les páso aquellos servicios, quinientos mil reales: há perdido usted en el juego, segun há tenido la desvergüenza de confesarme, doscientos mil; y acaba usted de entregar á sus acreedores seiscientos mil, haciendo una gran majadería, por supuesto. Le quedan á usted setecientos mil reales; que colocados á un diez por ciento,—interés que hoy puede sacarse al

dinero,—representan setenta mil de renta. ¿Creo que está claro?... Con esta mezquindad, no puede usted sostener con decoro á su esposa y continuar en sus espléndidas prodigalidades!... Créeme, querido Ricardo; dedícate á algo, á algo útil y piensa en tus futuros hijos, que no sentirán hallar algun día en la gaveta del Marqués de Casa-Gentil, las economías del pobre diablo de Manzano!... No me guardes rencor, y hasta la vista, mi querido yerno!... hasta la vista!... Jé! jé! jé! (Ligera risa sardónica y váse puerta lateral derecha.)

ESCENA VII.

RICARDO y ALFREDO.

ALF. Já! já! já!...

Ric. Encuentras tú chusco todo esto?...

ALF. Á fé mia que sí!... Hé ahí á tu buen papá-político, *modesto y alimenticio como todos los árboles frutales!*... Has hallado tu maestro, chico!... Pero en nombre del cielo, nó pongas esa cara tan lastimosa. La cosa no es para tanto!...

Ric. Tienes razon!... Pardiez!... Señor Manzano, acaba usted de hacerme, sin saberlo, un grandísimo favor!...

ALF. ¡Un favor?...

Ric. Sí, querido; iba sencillamente á ponerme en ridículo; estaba en el camino de enamorarme de mi mujer!... Por fortuna, el señor Manzano me ha detenido en la primera estacion!...

ALF. No hagas responsable á tu esposa de las tonterías de tu suegro. ¡Es encantadora!...

Ric. Déjame en paz!... Se parece á su padre!...

ALF. Ni tanto así, siquiera!... (Llevándose la uña del dedo pulgar de la mano derecha á los dientes superiores y tirando hácia fuera.)

Ric. Te digo que tiene un aire de familia!... No podría hacerla en adelante caricia alguna, sin pensar en ese viejo cocodrilo!... (Mirando el reló.) Voto al chápиро!... Has-

- ta luégo!... (Cogiendo y poniéndose el sombrero.)
- ALF. Á dónde vas?...
- RIC. ¡Olvidas que me espera la señora de Martin-Doval?...
- ALF. Tienes un duelo pendiente y...
- RIC. Es verdad, ya lo había olvidado!...
- ALF. Te bates mañana á las dos de la tarde, como deseabas.
- RIC. Dónde?...
- ALF. En la Casa de Campo.
- RIC. Magnífico!... Con el humor que tengo pasará mañana
Baladí un bonito cuarto de hora!... (Salen puerta izquier-
da del foro Antonia y Verderon.)

ESCENA VIII.

ANTONIA, RICARDO, ALFREDO y VERDERON.

- ANT. Vas á salir, esposo mio?... (Con mucha alegría.)
- RIC. Sí señora, sí!... Voy á salir!... (Con sequedad. Váse foro
derecha.)

ESCENA IX.

ANTONIA, ALFREDO y VERDERON.

- VERD. (Á Antonia, hablándole de Ricardo.) Oye tú, Antoñita: no
me parece de un humor tan bueno como decías!...
- ANT. Apenas comprendo nada. (Como entontecida.)
- ALF. Suceden aquí cosas graves, señora!...
- ANT. ¡Cosas graves?...
- ALF. Su padre de usted es... ambicioso!...
- VERD. ¡Ambicioso?... ¡Manzano?...
- ALF. Había contado con el nombre de su yerno para llegar...
- VERD. ¡Al Consejo de Estado?... ¡Viejo loco!...
- ALF. Irritado con la negativa de Ricardo, busca el medio de
vengarse, y temo sea usted quien pague los gastos de la
guerra.
- ANT. Cómo es eso?...
- VERD. Muy sencillo. Si tu padre hace odiosa la casa á tu es-

poso, buscará él las distracciones fuera.

ANT. ¡Distracciones fuera?...

ALF. Este caballero há señalado el peligro, y usted sola puede evitarle. Si su padre de usted la quiere, interpóngase usted entre él y Ricardo, y obtenga usted la suspensión inmediata de las hostilidades. Nada se ha perdido aun!... Todo puede arreglarse!...

ANT. ¡Nada se ha perdido?... ¡Todo puede arreglarse?... ¡Me hace usted temblar!... ¡Contra quién tengo yo que prevenirme?

ALF. Contra su padre de usted.

ANT. Nó. Usted no me lo dice todo. Las injusticias de mi padre no me arrebatarían á mi esposo en un momento!... Hace la corte á una mujer; nó es verdad?

ALF. No señora; pero...

ANT. Nada de fingimientos, señor Duque. Yo tengo una rival!...

ALF. Cálmese usted!...

ANT. Lo adivino, lo siento, lo veo!... Está á su lado!...

ALF. Nó señora; él la quiere á usted...

ANT. Hace una hora era yo tan feliz!...

VERD. No te trastornes de ese modo, Antonia. Habrá ido... á tomar el aire!... Hé ahí todo!... Ese es mi remedio cuando Manzano me desespera!...

ESCENA X.

ANTONIA, ALFREDO, VERDERON y UN CRIADO.

CRIADO. (Foro derecha, con una carta en una bandeja de plata). Una carta para el señor Marqués.

ANT. Ha salido. Póngala usted ahí!... (El Criado la deja sobre el velador y va á retirarse. Antonia la mira.) (Letra de mujer!)... De parte de quién?

CRIADO. Un lacayo de la señora de Martin-Doval la ha traído. (Váse.)

ANT. (¡De la señora de Martin-Doval!...)

ESCENA XI.

ANTONIA, ALFREDO y VERDERON.

- ALF. Yo veré á Ricardo ántes que usted, y si usted gusta, le entregaré esa carta.
- ANT. ¡Teme usted que yo la abra?...
- ALF. Oh!... señora!...
- ANT. ¡De la Condesa de Martin-Doval?... Oh!... Sí!... Allí está él!...
- VERD. ¡Qué es lo que tú supones?... La querida de tu marido no cometería la imprudencia de escribirle á tu casa!
- ANT. Mucho debe despreciarme cuando se atreve á hacerlo!... Además; yo no digo que sea su querida. Digo... que la hace el amor!... Lo digo, porque estoy segura!...
- ALF. Le juro á usted, señora!...
- ANT. Se atrevería usted á jurarlo seriamente, señor Duque?...
- ALF. Mi juramento no le probaría á usted nada; porque un hombre galante tiene el derecho, y el deber, de mentir en semejantes casos. Yo la hé prevenido á usted del peligro, y la he indicado el medio de evitarlo, cumpliendo así con los deberes de amigo y de hombre honrado. No me pida usted más!... (Saluda y váse foro derecha.)

ESCENA XII.

ANTONIA y VERDERON.

- ANT. Acabo de perder cuanto había ganado en el corazón de mi esposo!... No hace mucho me llamaba Marquesa!...
- VERD. Crees que su enojo há de durar mucho tiempo?... Esta cuestion es una nube de verano en el hermoso cielo de vuestra felicidad, y pasará pronto.
- ANT. Mis cariñosas solicitudes hubieran acabado por conmoverle; mi ternura, por atraer la suya: estaba ya en la pendiente insensible que le conducía á mí!...
- VERD. Tu padre...
- ANT. Le há obligado á retroceder bruscamente hácia su que-

rida!... Oh!... No es posible haya hecho tan pronto su conquista!... ¿No opinas de ese modo, Anselmo?... La crees tú su querida?...

VERD. De ningún modo!...

ANT. Sería una infamia!...

VERD. Sí, hija mia!...

ANT. Nó se habrá casado con el propósito de no amarme jamas!... No ha debido sacrificarme sin conocerme!... sin saber si le amo!...

VERD. Sin duda que nó...

ANT. Poca seguridad tienes!... Pero debes estar loco cuando acoges una sospecha tan odiosa!... Te juro que mi esposo es incapaz de cometer una infamia. Dime, pues, que esto es evidente!... Le tienes tú por un miserable?...

VERD. No tal!...

ANT. Entónces puedes jurarme que es inocente... Júralo, mi buen Anselmo, júralo!...

VERD. Lo juro!... lo juro!...

ANT. Por qué le escribe ella?...

VERD. Sencillamente... para... invitarle á una *soirée*!...

ANT. Una *soirée* bien apremiante debe ser, pues envía la invitacion por un lacayo!... Oh!... ¡Cuando pienso que el secreto de mi destino está encerrado en este pliego!... (Lo toma, lo mira por todos lados y lo vuelve á dejar.) Vámonos de aquí!... Esa carta me atrae!... Estoy tentada!... (Vuelve á cogerla y darle vueltas. La deja donde estaba, y continúa mirándola.)

VERD. Vámonos!... Tienes razon!... (Antonia nó se mueve. Manzano sale lateral derecha.)

ESCENA XIII.

ANTONIA, VERDERON y MANZANO.

MANZ. Oye, Antonia... pero... (Á Verderon.) qué mira con tanto afán?... Una carta?... (Tomándola.)

ANT. Para Ricardo...

- MANZ. Bonita letra!... (Oliéndola.) Esto... no huele á tabaco!...
Es una carta de mujer!...
- ANT. Sí; de la señora de Martin-Doval: sé lo que encierra!...
- MANZ. Estás agitada!... Qué te sucede? (Tomándole una mano.)
Tienes fiebre!...
- ANT. Nó, papá!...
- MANZ. Vaya!... Tú me ocultas algo serio!...
- ANT. No por cierto.
- VERD. Déjala en paz!... Está celosa!...
- MANZ. ¡Celosa?... ¡Acaso el Marqués te hace traicion?... Voto
á mil de á caballo!... Crees, por ventura, que la señora
de Martin-Doval?...
- ANT. Nó, nó...
- MANZ. Lo cree así, Verderon?...
- VERD. Lo supone, nada más!...
- MANZ. Es fácil asegurarse!... (Va á romper el sobre.)
- ANT. Padre mio... el secreto de una carta es sagrado!...
- MANZ. No hay para mí nada más sagrado que tu felicidad!...
(Lo rompe.)
- VERD. Ten cuidado, por Dios!... Qué diría tu yerno?...
- MANZ. Me cuido muy poco de mi yerno. (Va á leer.)
- ANT. Nó leas: en nombre del cielo!...
- MANZ. Leeré; sí por cierto; si nó es mi derecho, es mi de-
ber!... (Leyendo.) «Ricardo de mi vida.» Ah infame!...
(Dejando caer la carta.)
- ANT. Es su querida!... Oh Dios mio!... (Cayendo desvanecida
en una butaca.)
- MANZ. (Cogiendo á Verderon del cuello de la levita.) Y eres tú,
quien me ha dejado hacer semejante matrimonio?...
- VERD. Esto es yá demasiado!...
- MANZ. Cuando yo te consulté ¿por qué no te opusiste con to-
das tus fuerzas?... ¿por qué no me dijiste lo que iba á
suceder?....
- VERD. Te lo dije mil veces!... Pero el señor es ambicioso!...
- MANZ. Bien me há salido!...
- VERD. Ah!... tu hija!... (Reparando en el desmayo y yendo á su
lado.)

- MANZ. Santo cielo!... (Haciendo lo mismo.)
- VERD. (De rodillas delante de Antonia.) Antoñita; hija mia; vuelve en tí!...
- MANZ. Quítate de ahí!... ¿Sabes acaso lo que es preciso decir-la?... (Como Verderon.) Antoñita; hija mia; vuelve en tí!...
- ANT. Ah!
- VERD. Yá suspira!...
- MANZ. Tranquilízate!... Yo te libentaré de ese monstruo?...
- ANT. ¡En qué te hé faltado yó, Dios mio, para que me some-tas á pruebas tan crueles?... Á los tres meses de nues-tro matrimonio!... Nó!... Antes!... Al dia siguiente!... al dia siguiente!!... Nó me há sido fiel ni un solo dia!!...
- VERD. Pero escúchame!...
- ANT. Há corrido á casa de esa mujer, al salir de mis amantes brazos!... ¡Nó há sentido latir mi corazon?... ¿No há comprendido que me entregaba á él con vida y alma?... Ah!... Voy á morir!...
- MANZ. Á morir?... Te lo prohibo!... ¡Qué sería de mí?... Ah!... El infame!... (Viendo que Antonia se dirige á la puerta late-ral derecha.) Á dónde vâs?...
- ANT. Á tus habitaciones!... Me voy á vivir contigo!...
- MANZ. Pero...
- VERD. (Ap. á Manzano.) (Dejémosla llorar á solas: las lágrimas la consolarán.) (Váse Antonia, puerta indicada.)

ESCENA XIV.

VERDERON y MANZANO.

- MANZ. Te voy á partir en cuatro, desdichado Verderon!..
- VERD. Dále!...
- MANZ. Señor; qué casamiento!... qué casamiento!... (Se pasea.)
- VERD. Cálmate Manzano, que para todo hay remedio. Nuestro deber ahora es acercar esos dos corazones.
- MANZ. ¡Mi deber?... Le conozco, y le haré. (Recoge del suelo la carta y la guarda.)

VERD. Nada de arrebatos, por Dios!... (Sale Ricardo foro derecha, y va á mirar sobre el velador.)

ESCENA XV.

VERDERON, MANZANO y RICARDO.

MANZ. Busca usted alguna cosa, señor mio?...

RIC. Sí: una carta.

MANZ. De la señora de Martin-Doval?... La tengo en mi bolsillo.

RIC. ¡La habrá usted abierto por casualidad?...

MANZ. Sí señor; la hé abierto!...

RIC. ¡La há abierto usted?... ¡Ignora usted, por ventura, que esa es una accion infame propia solo de un hombre sin delicadeza?...

VERD. Señor Marqués!...

MANZ. Aquí no hay más hombre sin delicadeza que usted!... á

RIC. Poco á poco!... Al robarme el secreto de mis faltas, ha perdido usted el derecho de juzgarlas!... Hay algo más inviolable que la cerradura de un arca, caballero: el sobre de una carta, que nó puede resistirsenos.

VERD. Qué te decia yo?...

MANZ. ¡Esto más?... ¡Un padre, no tiene acaso el derecho?... Pero soy demasiado bueno al contestar!... Se explicará usted delante de los tribunales, señor Marqués!...

VERD. y RIC. Los tribunales!...

MANZ. Cree usted, sin duda, que se puede introducir impunemente en nuestras familias el adulterio y la desesperacion?... Un proceso, caballero!... Un buen proceso para pedir el divorcio!...

RIC. Un proceso donde será leida la carta?...

MANZ. En público, sí señor, en público!...

VERD. Estás loco, Manzano?... Semejante escándalo!...

RIC. Pero no vé usted que pierde á una mujer!...

MANZ. Vá usted á hablarme de su honor, quizá?...

RIC. Sí, de su honor: y si esto no es bastante, sepa usted que puede causar su ruina!...

- MANZ. Tanto mejor!...
- RIC. Caballero!...
- MANZ. ¡Arrebatar el esposo á una pobre niña, á los tres meses de matrimonio!...
- RIC. Ella es ménos culpable que yó!... Acúseme usted á mí solamente!...
- MANZ. Á usted... le desprecio!...
- VERD. Hombre!...
- MANZ. No está usted avergonzado?... Sacrificar así una mujer encantadora!... ¿Qué la vitupera usted?... Encuéntrela usted un defecto, uno solo, para poder disculparse!... Un corazon de oro!... Un perfil divino!... Unos ojos soberbios!... Y una educacion!!... Tú sabes cuánto me ha costado, Verderon!!
- VERD. Modérate, por favor!...
- MANZ. ¿Crees tú que no me modero?... ¡Pues si no me moderas!... Pero no!... Hay tribunales!... Voy casa de mi abogado. (Ademan de irse.)
- RIC. Espere usted hasta mañana, se lo ruego. Concédase usted tiempo para reflexionar!...
- MANZ. Todo está reflexionado!...
- RIC. (Á Verderon.) Ayúdeme usted á evitar una desgracia, caballero!...
- VERD. Usted no le conoce!...
- MANZ. He de castigar á esa mujer!...
- RIC. Tenga usted cuidado, señor mio!... Debo salvarla y la salvaré á cualquier precio!... No comprende usted que soy responsable de todo?...
- MANZ. Así lo comprendo!...
- RIC. Ignora usted hasta dónde podría llevarme la desesperacion?...
- MANZ. ¡Amenazas?...
- RIC. Sí señor, amenazas!... Devuélvame usted esa carta ó le juro!...
- MANZ. ¡Vá usted á emplear la violencia?... ¡Será entónces necesario que llame á mis criados?...
- RIC. Es verdad!... Yo pierdo la cabeza!... Escúcheme us-

ted?... Usted no es malo; el dolor, la cólera, le extra-
vían...

MANZ. Cólera legítima; dolor respetable!...

RIC. Reconozco mis faltas!... las deploro!... Pero... si le ju-
rase á usted no volver á ver á la señora de Martin-Do-
val; si le jurase á usted consagrar mi vida entera á ha-
cer la felicidad de su hija?...

MANZ. Sería la segunda vez que lo juraba usted!... Acabe-
mos!...

RIC. Ah!... Tenía usted razon esta mañana!... La ociosidad
me ha perdido!..

MANZ. Lo reconoce usted ahora?...

RIC. Pues bien; ¡si yo tomase un empleo?...

MANZ. Un empleo?... ¡Usted?...

RIC. Tiene usted motivos suficientes para dudar de mis afir-
maciones; lo sé; pero... guarde usted esa carta, y si fal-
to á mi palabra, estará usted siempre á tiempo...

VERD. Vamos, Manzano, esto es ya una garantía!...

MANZ. Una garantía de qué?...

VERD. De su fidelidad á sus promesas!... Nó verá más á esa se-
ñora, tomará un empleo, y se consagrará á hacer la di-
cha de tu hija: ¿qué más puedes pedirle?...

MANZ. Comprendido!... Pero quién me responde?...

VERD. La carta, pardiéz, la carta!... (Pausa brevísima.)

MANZ. No estoy del todo conforme... Sin embargo, puesto que
tú (Á Verdezon.) lo exiges... (Á Ricardo.) firmaré por mi
parte el tratado de paz que usted me ofrece, y si Anto-
nia le aprueba...

VERD. ¡Há de ser ella quien pida un escándalo?...

MANZ. Vamos, pues, en su busca. Crea usted, caballero, (Á Ri-
cardo.) que todo esto es sólo por la felicidad de mi hija;
y para que nó tenga usted el derecho de dudar, le ad-
vierto desde ahora, que nó espero, que no quiero espe-
rar nada de usted!...

VERD. Muy bien!...

MANZ. (Á Verdezon.) (Á no ser que haga á mi hija tan di-
chosa... tan dichosa!...) (Váanse lateral derecha.)

RIC. ¡Cuánta humillacion!...

ESCENA XVI.

RICARDO y ALFREDO.

ALF. (Foro derecha.) Te buscaba!...

RIC. Ay Alfredo!... soy el hombre más desdichado de la tierra!...

ALF. Si de ese modo te abates!...

RIC. Mi suegro ha abierto una carta de la señora de Martin-Doval!...

ALF. Ah!... de ella iba á hablarte!...

RIC. Quería llevarla á casa de su abogado, y para detenerle, me hé rendido á discrecion!...

ALF. Pobre amigo mio; á qué abismo has rodado!...

ESCENA XVII.

ANTONIA, RICARDO, ALFREDO, MANZANO y VERDERON.

(Antonia, Manzano y Verderon salen lateral derecha.)

MANZ. ¡Cuando te digo que tomará un empleo?... ¡Que no volverá á ver á esa señora?... ¡Qué te hará dichosa!...

ANT. Ya no hay dicha para mí!... Si el señor Marqués no me amaba de su voluntad, y libremente, ménos me amará por violencia!...

MANZ. (Á Ricardo.) Hable usted, caballero!... (Silencio momentáneo.)

ANT. ¡Se calla?... Sabe muy bien que no creería en sus promesas!... No ignora tampoco que los lazos que hasta ahora nos unían, han quedado rotos, y que en adelante no será para mí más que un extraño!... Aprovechemos, pues, cuanta libertad nos conceda la ley!... Quiero una separacion, padre mio!...

VERD. Antonia!...

- ANT. Deme usted esa carta: yo sola puedo hacer uso de ella!...
Démela usted.
- MANZ. Considera!...
- ANT. No es su hija de usted quien se la pide; es la Marquesa de Casa-Gentil ultrajada!...
- MANZ. Héla ahí!... (Entregándosela.) Pero puesto que iba á tomar un empleo!...
- VERD. ¡Vas á perder para siempre á una pobre mujer?..
- ANT. ¡Há sido ella compasiva conmigo? (Á Ricardo.) Yá tengo mi venganza, caballero!... ¡no podía escapárseme!... Há empeñado usted su honor para salvar su querida: yó lo desempeño, y se lo entrego á usted!!... (Rompe la carta y arroja al suelo los pedazos.)
- MANZ. Qué has hecho?...
- ANT. Mi deber!...
- VERD. Bravo, lija mia!...
- ALF. Noble corazon!...
- RIC. ¡Oh, señora!... ¡Cómo expresar á usted?... ¡Necio de mí!... Creí haberme humillado casándome con una mujer vulgar, de humilde esfera, y... ¡lleva usted mi nombre con más dignidad que yó!!... Perdon, Antonia mia, perdon!... ¡ah!... consagrándote toda mi vida, no podré reparar el mal que te he hecho! .. ¡esposa mia!... (Vá á arrojarse á sus piés.)
- ANT. Yo soy viuda, caballero!... (Silencio de asombro. Antonia toma el brazo de Verderon, para irse lateral derecha. Manzano cae en una silla. Ricardo oculta sus dolores en el seno de Alfredo. Cuadro. Telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MANZANO, solo.

Caramba con mi señor yerno!... Todavía no ha comprendido, despues de la escena de ayer, que ya está aquí de sobra!... Sigue mandando en mi casa como absoluto dueño!... Esto no puede continuar así!... ¡Oh... le atacaré en sus últimas trincheras!... (Toca un timbre.)

ESCENA II.

MANZANO y un CRIADO, foro.

MANZ. Lláme usted al jefe de la cocina, y vuelva usted. (Váase el Criado, foro derecha.)

ESCENA III.

MANZANO, solo.

Va usted á saber lo que es bueno, mi querido yerno!... ¡En lugar de servir mis ambiciones, se mofa usted de mí; y en vez de amar á mi hija, la engaña usted miserablemente?... Pues adelante!... Siga usted siendo Marqués hasta que pueda; nosotros seremos siempre unos pobres diablos!... Pero, á lo ménos, viviremos tranquilos y á nuestro gusto!...

ESCENA IV.

MANZANO y un CRIADO, foro derecha.

- MANZ. Va usted á poner papeles inmediatamente en todos los balcones de este piso.
- CRIADO. ¡Papeles?...
- MANZ. Los pondrá usted tambien en las rejas de la cuadra grande.
- CRIADO. Pero la caballeriza pertenece al señor Marqués y estas son sus habitaciones!...
- MANZ. Justamente!...
- CRIADO. Y el señor Marqués no me ha ordenado...
- MANZ. Quién es aquí el amo?... De quién es esta casa?...
- CRIADO. De usted, señor!...
- MANZ. Pues haga usted cuanto le mando sin objecion alguna!...
- CRIADO. Está bien! (Entra Vatel foro derecha y se vá el Criado.)

ESCENA V.

MANZANO y VATEL, que lo chapurreará todo.

- MANZ. Segun tengo entendido, señor Vatel, prepara usted para luégo una comida soberbia!...
- VATEL. Sí señor; y puedo asegurar á usted que *le menú* sería aprobado por mi ilustre abuelo, si tuviese la dicha de vivir. Vá á ser una verdadera obra de arte; y usted, señor, quedará maravillado!...
- MANZ. Tiene usted ahí... la lista?...
- VATEL. Sí señor. (Sacándola de un bolsillo.)
- MANZ. Lea usted. (Toma un papel y saca un lápiz.)
- VATEL. (Leyendo.) «Potage aux raviolos á l'Italienne y potage á l'orge á la Marie Stuart.»
- MANZ. Sustituirá usted esos dos *potajes*, por una buena sopa de pan bien sustanciosa. (Escribiendo.)
- VATEL. Pero señor!...
- MANZ. Es mi voluntad. Continúe usted.
- VATEL. (Leyendo.) «Relevés: La carpe du Rhin á la Lithuanienne; les poulardes á la Godard; le filet de bœuf braisé

aux raisins, á la Napolitaine; le jambon de Westphalie, rôtie madère.»

MANZ. Hé aquí unos *relevés* más sencillos y más sanos: varias lenguas estofadas y albondiguillas de gallina. (Escribiendo como ántes.) Y bien podía usted haber escrito todo eso en castellano!...

VATEL. Jamás consentiré!...

MANZ. Lo mando yó y basta!... Prosigamos.

VATEL. Entradas. (Leyendo.) «Les croustades de truffes garnies de foie á la royale; les perdreaux rouges, fareis á la Bohémienne; le faisan...»

MANZ. (Interrumpiéndole.) Suprimiremos esas raras entradas, y pasaremos desde luego al asado; es lo esencial!

VATEL. Eso es contra todos los preceptos del arte!...

MANZ. Tómo sobre mí esa responsabilidad. Veamos los asados.

VATEL. Es inútil, señor!... Mi abuelo se pasó de parte á parte con su espada, por una afrenta nó tan grande como la que usted me hace ahora... Presento á usted mi dimision!...

MANZ. Iba á pedírsela á usted, amigo mio; pero en tanto que le reemplazo, haga usted cuanto le mando. Tome usted. (Dándole el papel donde ha escrito.)

VATEL. Me abrasaría los sesos de un pistoletazo, ántes que deshonrar mi nombre.

MANZ. (Otro esclavo de su nombre!...) Puede usted, si así le place, abrasarse los sesos; pero, por Dios, nó me abraze usted las salsas!... Hasta más ver, señor Vatel. (Vatel sale fóro.) Veremos, yerno mio, si entiende usted de indirectas!... (Váse puerta lateral derecha.)

ESCENA VI.

RICARDO y ALFREDO.

(Vienen de la calle, foro derecha. Alfredo de paisano.)

ALF. Mira, mira, chico; con estar constantemente triste, no se adelanta nada. Á un lado el mal humor, y busquemos entre los dos el mejor arreglo posible.

- RIC.** Ah!... Si Baladí me matase luégo, qué grande obséquio me hacía!...
- ALF.** Te quieres callar, chiquillo?... Vaya unas ideas!...
- RIC.** La muerte lo arreglaría todo!...
- ALF.** No tienes más que veinticinco años!... Aún puedes ser feliz!...
- RIC.** Feliz... ¿cuando la suerte me abandona?...
- ALF.** Báh!...
- RIC.** Ya ves cómo estoy!... Arruinado; esclavo de un suegro cuyo despotismo aumentará con mis faltas; esposo de una mujer, que herida por mí infamemente en el corazón, no lo olvidará jamás!... ¡Y dices que aún puedo ser dichoso?... Nunca!... Mis ligerezas, mis disparates, mis extravíos, me han conducido á un punto en que todo me falta á la vez; la libertad, la dicha doméstica, la estimacion del mundo, y la mia propia!... Qué desesperacion!...
- ALF.** Valor, amigo mio: no te dejes abatir!...
- RIC.** Es verdad!... Soy un cobarde!... Un caballero, un noble, puede perderlo todo... todo, ménos el honor!...
- ALF.** Qué quieres decir?... qué piensas hacer?...
- RIC.** Lo que tú en mi lugar!...
- ALF.** Oh!... nó!... yo nó me mataría!...
- RIC.** Ya ves que sí, puesto que me has comprendido!...
- ALF.** Ricardo!!...

ESCENA VII.

RICARDO, ALFREDO, VATEL y un CRIADO.

- VATEL.** Señor Marqués!... (Vienen foro derecha.)
- ALF.** Adelante!...
- VATEL.** Nosotros...
- CRIADO.** Venimos ..
- VATEL.** Sí señor; venimos... á presentar nuestras dimisiones.
- RIC.** (Con distraccion: casi maquinalmente.) ¡Las dimisiones?... Por qué?...
- VATEL.** Debo marcharme, señor; debo marcharme, para no des

honrar el ilustre apellido de mi abuelo. Vean ustedes *le menú* que me impone el señor Manzano!... (Dando el papel de ántes á Alfredo. Ricardo hace un movimiento de desden, y se sienta lejos, preocupado y prestando poca atencion á lo que se habla.)

ALF. ¡Qué le impone á usted el señor Manzano?... Veamos eso!... Sopa de pan, lengua estofada, albondiguillas... ¡já! ¡já! ¡já!... ¡qué comida!... Esta lista debe ser de algun figon!...

VATEL. Digna de la taberna del Pelao, señorito; por eso presento la renuncia de mi cargo...

RIC. (El señor Manzano!... Se mofa de mí!... Ah!...) Queda aceptada, señor Vatel, queda aceptada.

VATEL. Mil gracias!...

ALF. Usted tambien?...

CRIADO. El señor me há mandado poner papeles en los balcones de este piso, y en las rejas de la cuadra grande.

RIC. ¡Cómo?...

CRIADO. Dice que las habitaciones del segundo, son bastante espaciosas para contener á toda la familia.

ALF. Pues chico ¡el arca de Noé!... Y qué vás á hacer de los caballos?... Van á vivir contigo en el segundo?... Já! ¡já! ¡já!...

RIC. (Esto es echarme!... sí!... me arroja de su lado!...) (Alto al Criado.) Haga usted lo que su amo há dispuesto: esta es su casa!... Usted, señor Vatel, suspenda los preparativos de esa comida, y queda usted en libertad de ir donde le plazca!... (Levantándose.) Pueden ustedes retirarse!...

VATEL y CRIADO. Señor Marqués!... Señor Duque!... (Vánse foro derecha.)

ESCENA VIII.

RICARDO y ALFREDO.

RIC. Lo vés, amigo mio, lo vés? .. No le queda á mi honra más recurso que el cañon de una pistola!...

- ALF. Qué disparate!... Ahora ménos que núnca!... Al comer contigo estos atropellos, há perdido tu suegro la razon que tenía. Tú debes probarles que vales más que ellos; más que el señor Manzano... porque tu esposa... es un ángel!...
- RIC. Ah!...
- ALF. Sal, amigo mio; sal de esta casa, donde no debes yá permanecer un sólo instante!... Sé, como yo, soldado; vente al Norte conmigo; allí nos espera un puñado de valientes, que pelea, sin descanso, por el bien de la pátria; allí, á su lado, marcharemos juntos por el estrecho camino del honor; y cuando tu cuerpo esté cubierto de nobles cicatrices, y tu nombre de envidiable glória, verás como ese... mercachifle... reconoce tu mérito; verás como tu querida esposa,—porque te ama,—te tiende de nuevo sus amantes brazos; y eres feliz en ellos, al comprender entónces, por la primera vez, ese amor santo, sencillo, y puro, que te tiene, y que tú no has sentido todavía!...
- RIC. ¡Ah mi querido Alfredo!... (Abrazándole. Ruido puerta lateral derecha.)
- ALF. ¡Alguien se acerca!... Vámonos de aquí; y en tus habitaciones acabaremos de concertar nuestro plan!...
- RIC. ¡Será Antonia?... Quiero verla!...
- ALF. Ahora no es prudente!... (Tratando de llevarsele.)
- RIC. Déjame; te lo ruego...
- ALF. Aguarda á que se calme su dolor!...
- RIC. Y entónces...
- ALF. La verás: te lo prometo!... (Vánse puerta foro izquierda.)

ESCENA IX.

ANTONIA, MANZANO y VERDERON.

(Vienen puerta lateral derecha: Antonia en medio.)

- VERD. Te digo que le amas aún!...
- MANZ. Y yo te digo que le aborreces!...
- VERD. Le ama!...

- MANZ. Le aborrece!... ¿Nó te basta lo que há pasado ayer?...
¿Quieres que ese bribon me arrebate ahora á mi hija?...
- VERD. Quisiera que la felicidad de Antoñita no se hubiera perdido para siempre!... Y del modo que tú te gobiernas...
- MANZ. Me gobierno como quiero. ¡Á tí te es muy fácil hacer el buen Apóstol!... Tú no estás enemistado con el Marqués; y cuando se haya llevado de aquí á su esposa, estarás siempre metido en su casa; mientras que yó, viviré solo en mi agujero, como un *buho*!... (Marcando.) Hé ahí tus sueños!... Oh!... Te conozco!... Eres egoísta, como todos los viejos solterones!...
- VERD. Ten cuidado, Manzano!... ¿Estás seguro de que llevando las cosas al extremo, no obedeces, tú propio, á un sentimiento de egoísmo?...
- MANZ. Bien!... De modo que yo soy aquí el egoísta porque ambiciono la dicha de mi hija; porque nó quiero que el pelambron de mi yerno, me la arrebate para hacerla desgraciada! (Á su hija.) Pero vamos; dí alguna cosa!... Esto te interesa más que á mí!...
- ANT. Yá nó le quiero, Anselmo!... Há matado en mi corazón, las delicadas fibras del amor que le tenía!...
- MANZ. Ah!...
- ANT. Tampoco le aborrezco, padre mio!... Me es indiferente!... nó le conozco yá!...
- MANZ. Eso me basta!...
- VERD. Pero, mi pobre Antoñita; tú comienzas ahora á vivir: ¿nó has reflexionado nunca sobre el triste destino de una mujer separada de su esposo?... ¿te lo has preguntado alguna vez?...
- MANZ. Mira, Verderon; haznos gracia de tus sermones!... Mi hija será feliz con su buen padre, que nó tendrá más ambicion que la de amarla y acariciarla!... Tú verás, monina, qué buena vida vamos á llevar los dos!... los tres!... (Incluyendo á Verderon.) porque yó valgo más que tú, gran egoísta!... Tú verás cuánto vamos á querer-te; cuánto vamos á mimarte!... Nó; nó seremos noso-

tros, ciertamente, los que te dejemos por ir en busca de condesas!... Vamos: concede una sonrisa á tu pobre padre!... dí que serás dichosa con él!...

ANT. Sí, padre mio; muy dichosa!...

MANZ. Lo oyes, Verderon?... (Como triunfando.)

VERD. Sí, sí... (De muy mal humor.)

MANZ. En cuanto á tu esposo... has sido demasiado buena con él!... le teníamos cogido!.. En fin; le señalaré una pension de mil duros, y que nos deje en paz; que se vaya lejos... muy lejos de aquí!...

ANT. Ah!... que lo tóme todo!... que se lléve cuanto poseo!... todo para él!...

MANZ. Nó, por cierto.

ANT. Sólo quiero una cosa... ¡nó volverle á ver jamás!... (Cási llorando.)

MANZ. Pronto oiré hablar de mí!... Le hé hecho una jugarreta, que yá!...

ANT. Qué has hecho? (Sobresaltada.)

MANZ. Hé ido con Verderon á casa de mi notario...

ANT. Á qué?...

MANZ. Á poner en venta las posesiones de Casa-Gentil; la herencia de sus señores padres!...

ANT. ;Hás hecho eso?... Y tú, Anselmo, ¡lo has consentido!...

VERD. (Tranquilízate!...) (Bajo á Antonia.)

MANZ. Esos restos de su perdida opulencia; esos vestígios... feudales... nó mancillarán por mucho tiempo, el suelo de un pueblo libre!... En el terreno que ahora ocupan, se sembrarán remolachas: con sus materiales, se construirán albergues para el hombre útil; para el viñador; para los labradores: los bosques serán arrasados; y arderán árboles enteros, en el hogar de los pobres, que han ganado, á fuerza de fatiga y de trabajo, lo necesario para comprar leña!... Yo haré que nos traigan algunos troncos para nuestro consumo personal!... (Bromeando.)

ANT. Pero él creerá, que eso es una venganza!...

MANZ. Y tendrá razon!...

- ANT.** Creerá que soy yó!...
- VERD.** (Bajo é interrumpiéndola.) (Tranquilízate, hija mia; nad a temas!...)
- MANZ.** Voy á ver si están hechos los anúncios... enormes carteles, con los cuales cubriremos todas las esquinas de Madrid!... «Se venden las posesiones de Casa-Gentil.» (Como si leyese en la pared.)Já! já! já!...
- VERD.** Puede ser que ya estén vendidas!... (Con sorna.)
- MANZ.** ¡Desde esta mañana?... Bah!...
- VERD.** Pudiera, sin embargo, suceder...
- MANZ.** Qué disparate!... Voy á la imprenta. (Váse lateral derecha.)

ESCENA X.

ANTONIA y VERDERON.

- VERD.** El proceder de tu padre es absurdo!... Si yó le dejase, haría imposible toda conciliacion entre tu marido y tú.
- ANT.** ¡Qué esperas aún, mi pobre Anselmo? Ah!... Mi amor há caido de tan alto, que nó podrá levantarse nunca!... Tú nó sabes, lo que el señor de Casa-Gentil era para mí!...
- VERD.** Sí; sí lo sé!...
- ANT.** No era solamente un esposo!... Le miraba como á un amo, cuya esclava era yo con orgullo!... Le amaba, le admiraba, como si dueño de un poder misterioso, hubiera evocado, para mí, lugares encantados, donde se gozase de los placeres más puros y más ideales!... ¡Soñaba con la dicha!... ¡Ay, querido Anselmo!... ¡qué triste despertar!...

ESCENA XI.

ANTONIA, VERDERON y un CRIADO.

- CRIADO.** (Puerta foro izquierda.) El señor Marqués pregunta, si la señora puede recibirle!...
- ANT.** **NÓ!**... (Vivamente.)

- VERD. (Recíbele, niña!...) (Alto al Criado.) El señor Marqués puede pasar. (El Criado se entra.)
- ANT. Y para qué?... (Se presenta Ricardo puerta foro izquierda, á tiempo de contestar á Antonia: se vá adelantando al proscenio á medida que habla.)

ESCENA XII.

ANTONIA, VERDERON y RICARDO.

- RIC. Descuide usted, señora: no sufrirá usted mucho tiempo, con mi enojosa presencia. Lo dijo usted ayer: usted... es viuda; y tan grande mi culpa, que comprendo perfectamente lo irrevocable de su resolución. Vengo solo... á despedirme de usted!...
- ANT. (Ah!...)
- VERD. Cómo, caballero?...
- RIC. Hé tomado el único partido honroso que me quedaba: y usted es hombre que debe entenderme.
- VERD. Pero... (Sobresaltado.)
- RIC. Comprendo. No tema usted nada; y tranquilice al señor Manzano. Yá tengo una posición: la de mi padre: soldado!... Parto mañana para el Norte con el Duque de Monte-Azul, que renuncia, por acompañarme, al resto de su licencia.
- VERD. (Bajo á Antonia.) (Es un hombre de corazón!...)
- ANT. (Contestándole.) (Yo no hé dicho jamás, que fuera un miserable!...)
- VERD. Vamos á ver, hijos míos!... No tomeis resoluciones extremas!... Los errores de usted, señor Marqués, son bien grandes; pero usted no desea más que repararlos; estoy seguro!...
- RIC. Ah!... si hubiera una *expiación*!... (Pausa.) Nó... nó la hay!... (Á Antonia.) Dejo á usted mi nombre, señora: usted le guardará sin mancha!... Llevo conmigo los remordimientos de haber turbado la paz de su vida; pero usted es jóven, hermosa, buena, y en la guerra hay felices azares... y balas afortunadas!...

ESCENA XIII.

ANTONIA, VERDERON, RICARDO y ALFREDO.

- ALF. (Puerta foro izquierda.) Vengo en tu busca!... (Á Ricardo.)
RIC. Vamos!... (Dando la mano á Verderon.) Adios, amigo mio!
(Con mucha emocion.) Adios, señora!... Adios... para siempre!!...
ANT. (Para siempre!... ah!...)
ALF. Para siempre?... Eso nó!... Ricardo la ama á usted, señora!...
RIC. Cállate!...
VERD. Sí, sí, te ama perdidamente!... Al salir del abismo de que tú le has sacado, se han abierto sus ojos y te ha visto tal como eres!...
ANT. ¡La señorita Manzano le interesa más que la señora de Martin-Doval?... ¡Qué triunfo!... (Con la mayor ironía.)
VERD. Ah!... Eres cruel!!... (Con profundo pesar.)
RIC. Es justicia, caballero!... Ella era digna del amor más puro, y la elegí para esposa... por su dinero... Llevé mi amor al mercado!... Vendí mi amor!... Y no hé sabido siquiera guardar la fé de aquella venta!... (Á Antonia.) Porque al día siguiente de nuestro casamiento, abandonaba y sacrificaba á usted, por una mujer... ménos digna y ménos hermosa!... Nada eran su juventud de usted, su gracia y su pureza!... Para dar luz y calor á este corazon ciego y frio, le há sido á usted preciso salvar mi honor dos veces en un dia!... Idolatrando á usted, me hubiera conducido como cualquiera otro en mi lugar: al olvidar á usted y abandonarla, hé hecho, lo que no hubiera hecho nadie!!... Tiene usted razon, señora: desprécie usted á un hombre indigno de su cariño!... Todo lo hé perdido, todo; hasta el derecho de quejarme, y nó me quejo!... Vamos, Alfredo!...
ALF. Un momento. ¿Sabe usted, señora, á dónde va ahora mismo?...
ANT. y VERD. ¡Ahora mismo?...

- RIC.** ¿Qué haces?...
- ALF.** Puesto que tu esposa no te quiere yá, muy bien puedo decirlo... ¡Señora, va á batirse!...
- ANT.** ¡Ay, Anselmo! ¡su vida está en peligro!...
- ALF.** ¿Qué le importa á usted, señora?... ¡No ha terminado todo entre ustedes dos?...
- ANT.** Sí, sí, lo sé; todo ha terminado!... El señor de Casa-Gentil puede disponer de su vida... Nó me debe yá nada, absolutamente nada!!!... (Profunda amargura.)
- ALF.** (Á Ricardo:) Vamos, pues!... (Ván hasta la puerta del foro derecha.)
- ANT.** (Casi llorando, con angustia, y sin poderse contener, despues de haber luchado.) Ricardo!!...
- ALF.** Oh!... te ama!... te ama todavía!... (Á Ricardo, con mucha alegría.)
- RIC.** (Viniedo á arrojarle á los piés de Antonia.) Ah, señora!... Si es verdad que aún no hé sido arrojado de su corazon, diga usted una palabra, una sola... que me infunda el deseo de vivir!... (Sale Manzano lateral derecha.)

ESCENA XIV.

ANTONIA, VERDERON, RICARDO, ALFREDO y MANZANO.

- MANZ.** ¿Qué hace usted ahí, señor marqués?...
- ANT.** (Angustiosa.) Vá á batirse!... (El Marques se levanta.)
- MANZ.** Un duelo!... ¿Eso te maravilla? Las queridas!... Los duelos!... Nada más natural!...
- ANT.** ¿Qué quieres decir, papá?... Supondrías?...
- MANZ.** Soy capaz de poner mis manos en el fuego!...
- ANT.** Eso no es verdad!... ¿No es así, caballero?... (Á Ricardo. Pausa.) ¡Se calla usted?...
- MANZ.** ¿Crees tú que tendrá la franqueza de confesarlo?...
- RIC.** Nó sé mentir, señora!... Este duelo es cuanto resta de mi odioso pasado!...
- MANZ.** Lo afirma!... Qué cinismo!...
- ANT.** ¡Y dice usted que me ama?... ¡Y estaba pronta á perdonarle, en el momento en que iba usted á batirse por

su querida?... ¡Fundar en esta última ofensa, la causa de mi perdon!... ¡Tender así un lazo á mi debilidad!... ¡Ah, señor Duque!... (Todo esto último á Alfredo en tono de reconvencion.)

ALF. Ricardo lo ha dicho, señora!... Este duelo es la triste herencia de un horrible pasado que detesta, y que quisiera borrar!...

VERD. (Á Ricardo.) Pues bien, caballero; es muy sencillo. Si usted no quiere á la señora de Martin-Doval, no se bata usted por ella!...

RIC. ¡Cómo?... ¡presentar mis excusas?...

VERD. Se trata de dar á Antonia una prueba de la sinceridad de usted. Es la única que puede usted ofrecerla. Por otra parte; ¿no le pedía usted hace poco, como una gracia, que ella le impusiese á usted una expiación?... El tiempo, era la sola prueba á que podíamos someterle: ¿no debe usted, pues, considerarse dichoso, si con este sacrificio se justifica usted en el acto? Lo que pedimos á usted es mucho, lo sé; pero si fuese ménos, ¿podría rescatarle el cariño de su esposa, ni desvanecer los agrávios que usted la há hecho?...

MANZ. (¡Vea usted ese imbécil, que vá ahora á reconciliarlos!...)

RIC. Haría con gusto el sacrificio de mi vida para reparar las faltas cometidas; pero el de mi honor, nó lo aceptaría la marquesa de Casa-Gentil!...

ANT. ¡Y si usted se engañase?... ¡Y si yo le suplicára?...

RIC. ¡Cómo, señora, usted exigiría?...

ANT. Que haga usted por mí, casi tanto como por la señora de Martin-Doval!... Consiente usted en olvidar por ella el glorioso pasado de su familia; y ¿nó renunciará usted por mí á un duelo... á un duelo que me ofende?... ¡Cómo creer en su amor de usted, si es ménos fuerte que su vanidad?...

MANZ. ¡Y adelantará usted mucho, si en la lucha recibe usted un golpe desgraciado?... Créame usted: la *prudencia* es la madre de la seguridad!...

- VERD. (¡Vieja serpiente!...)
- RIC. Vea usted ahí lo que dirían, señora!...
- ANT. ¡Quién osará dudar de su valor de usted?... ¡No há hecho usted yá sus pruebas?...
- MANZ. Y qué le importa á usted lo que digan cuatro necios?... Ganaría usted, en cambio, la estimacion de mis amigos... con lo cual tendría usted suficiente!... (Grande ironía.)
- RIC. Ya lo vé usted, señora; se reirían de mí; y usted no podría amar, mucho tiempo, á un hombre puesto en ridículo!...
- ALF. Nadie se reirá de tí!... Yó me encargo de acudir al terreno, y presentar tus disculpas!... Te aseguro que nó serán nada chistosas!!!...
- RIC. Tú tambien?...
- ALF. Sí, amigo mio: tu duelo no es de esos que no deben arreglarse; y el sacrificio que tu esposa exige, toca sólo á tu amor propio.
- RIC. ¡Disculpas?... ¡En el momento de batirme?...
- MANZ. Yó... nó las daría!...
- VERD. Decididamente, Manzano; ¿quieres obligar á tu yerno á que se bata?...
- MANZ. ¡Yo?... ¡Pues nó hago todo lo posible por impedirlo?...
- ALF. Vamos, Ricardo: nó tienes el derecho de negar esta prueba de amor á tu querida esposa.
- RIC. Ah!... nó!... es imposible!...
- ANT. Pongo ese precio á mi perdon!...
- RIC. Recójalo usted, señora!...
- ANT. Si la condesa de Martin-Doval le prohibiese á usted batiarse... la obedecería usted!... Adios!... (Vá á marcharse.)
- RIC. Antonia!... en nombre del cielo!!!...
- ALF. Tiene razon mil veces!...
- RIC. ¡Dar disculpas!... ¡Yó?...
- ANT. Nó tiene usted más que orgullo!...
- RIC. Ah!...
- ALF. Ricardo!...
- ANT. Nó me ama usted!... nó me há amado usted nunca!...

- RIC.** ¡Qué no la amo?!... Ah!... Pues bien... (Á Alfredo.) Vé tú solo!... (Cae en un sillón.)
- ALF.** Y ahora, señora, ¿está usted contenta de él?...
- ANT.** Sí, Alfredo!... Sí, Ricardo!... todo queda reparado!... nó tengo nada que perdonarte: te creo, soy dichosa, te amo!... (Ricardo há quedado inmóvil en su asiento; con la cabeza baja; anonadado. Antonia llega á su esposo, le rodea el cuello con sus brazos, le besa en la frente, y mirándose ansiosa en sus ojos, le dice con bravura:) Ahora!... ¡puedes ir á bati-
tirme!!...
- RIC.** (Levantándose de repente.) ¡Oh, mi adorada esposa! ..
¡Tienes el corazon de mi madre!...
- ANT.** El de la mia, Ricardo; el de la mia!...
- MANZ.** (Pero qué tontas son las mujeres!...)
- RIC.** (Á Alfredo.) Vamos; vamos corriendo: quizá lleguemos los últimos!...
- ANT.** Manejas bien la espada, nó es verdad?...
- ALF.** Como el apóstol Santiago, señora; y tiene un puño de acero!... Caballero Manzano; ruegue usted á Dios, por el señor de Baladí!...
- RIC.** Partamos!... (Al ir á marcharse los dos, entra por el foro derecha un Criado trayendo una carta en una bandeja de plata.)

ESCENA XV.

ANTONIA, VERDERON, RICARDO, ALFREDO, MANZANO y un CRIADO.

- CRIADO.** Una carta para el Sr. Marqués.
- ANT.** ¡Otra carta?...
- RIC.** Ábrela tú misma.
- ANT.** (Al tomarla.) Es la primera, Ricardo.
- RIC.** Oh!... yá lo sé!... (Váse el Criado foro derecha.)

ESCENA XVI Y ÚLTIMA.

ANTONIA, VERDERON, RICARDO, ALFREDO, y MANZANO.

- ANT.** (Abriendo la carta y mirando la firma.) Del Vizconde de Baladí!...

- RIC. Báh!...
- VERD. Qué dice? (Con ansiedad.)
- ANT. (Después de leer.) Presenta sus excusas, y renuncia al duelo. (Dá la carta á Ricardo.)
- MANZ. Eh?...
- RIC. Valiente... baladí!... (Tirando la carta sobre el velador después de haberla repasado.)
- ALF. Sí, por cierto!...
- VERD. (Á Ricardo.) Todo se há arreglado de un modo bien admirable, amigo mio!... ¡Yo espero, que usted se habrá corregido?...
- RIC. Para siempre, mi querido don Anselmo!... Hoy entro en la vida séria y tranquila; y para romper irrevocablemente, con las locuras de mi pasado, le pido á usted una plaza en sus oficinas!...
- VERD. ¡En mis oficinas?... ¡usted?... un noble!!
- RIC. No debo, acaso, mantener mi esposa?...
- MANZ. (Tengamos tacto, pardiez!...) Muy bien; muy bien, yerno mio: hé ahí unos sentimientos verdaderamente liberales!... ¡Tú eras digno de haber nacido entre el pueblo!... Yá podemos entendernos: hagamos las paces; y quédate en mi casa!...
- RIC. Hagamos las paces: lo deseo. En cuanto á quedarme aquí... no puedo complacerle!... Usted me ha hecho comprender la dicha del jornalero, que es el amo en su casa. No le quiero á usted mal; eso nó; pero no sería feliz, anhelando siempre esa dicha!...
- MANZ. ¡Y vá usted á llevarse á mi hija?... ¡Vá usted á dejarme solo?... ¡abandonado?...
- ANT. Yó vendré á verte, papá!...
- RIC. Y será usted bien recibido en nuestra casa!
- MANZ. (Compungido.) Oh!... Mi hija, mujer de un comisionista!...
- VERD. Nó, Manzano: tu hija, seguirá siendo señora de Casa-Gentil, como hasta aquí.
- MANZ. No comprendo!...
- VERD. Sus posesiones han sido vendidas esta mañana; pero las

hé comprado yó; y con el permiso de tu esposo, (Volviéndose á Antonia.) serán, Antonia mía, mi segundo regalo de boda.

ANT. (Abrazándole.) Mi buen Auselmo!... (Á su esposo.) Me permites aceptar, Ricardo?...

RIC. ¡Por qué nó?... Yó le agradezco!...

VERD. Por mi parte... déjo el comercio... y... me voy á vivir con ustedes. (Colocándose en medio de ellos como indicando que no le há quedado un céntimo.)

MANZ. ¿Vés, infame Verderon, cómo me sale lo del buho?...

VERD. (Á Ricardo.) Si á usted le parece bien, cultivaremos juntos sus tierras; es ocupacion de nobles!...

MANZ. Bueno!... Y yó?... Á mí no se me invita?... Todos los hijos son ingratos; ¡mi pobre padre tenía razon!...

VERD. Cómprate una propiedad, y vente á vivir á nuestro lado.

MANZ. Vaya una idea!...

VERD. Pardiez!... Es lo que debes hacer; porque supongo que te habrás curado de tu loca ambicion!...

MANZ. Sí, sí!... (Estamos en el setenta y cuatro; seré diputado el setenta y cinco, y consejero ó ministro el setenta y seis!...)

ALF. Mis queridos amigos!... Si en terminando la guerra encuentro una mujer como la tuya, me cásol!...

VERD. (Poniéndose en medio de Antonia y Ricardo, y estrechándoles en sus brazos.) Hijos míos: de nada sirven la belleza corporal y los dones de la fortuna, si las cualidades y la hermosura del alma no les acompañan: dos corazones puros y virtuosos, enlazados por el soplo de la Divinidad, fórman un solo corazon, donde anidan todas las dichas, todas las felicidades: entónces son venturosos la mujer y el hombre que, como vosotros, se aman; y que dentro de la naturaleza, mutuamente se perfeccionan, al obedecer los sagrados preceptos del Altísimo!... (Todos muestran su contento. Telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

DOS PALABRAS.

Faltaríamos á un sagrado deber de conciencia literaria y á otro de gratitud, si nó consignáramos aquí, como lo hacemos, que el éxito, verdaderamente extraordinario, alcanzado por esta comedia, en sus representaciones y en la prensa toda, lo ha merecido, de una parte, á la notable belleza y alto mérito del original francés, que acaso hemos tenido la dicha y la fortuna de no oscurecer ni estropear en nuestro humilde arreglo, dialogado, á lo que parece, segun la opinion de aquella, con alguna facilidad y soltura; y de otra, al lujo y al cuidado con que há sido puesta en escena, y ensayada, por nuestro querido amigo, el muy distinguido primer actor y director don Ricardo Morales, y al cariño con que la han estudiado y representado la Sra. Álvarez Tubau, el citado Sr. Morales, los Sres. Guerra y Sanchez de Leon, y especialmente D. Donato Gimenez, de quien han repetido todos los periódicos que há sobresalido mucho, desempeñando su papel de un modo admirable.

Quéde esto consignado; y reciban públicamente los actores, la expresion más sincera de nuestro agradecimiento.

JOSÉ MARTIN Y SANTIAGO.

EUGENIO CARBOU Y FERRER.

OBRAS

DE

DON JOSÉ MARTÍN Y SANTIAGO.

DRAMÁTICAS.

CON CANAS Y POLLEANDO.—Comedia en un acto y en verso: tomada del francés.

EL TRABAJO DÁ LA FELICIDAD.—Loa en un acto y en verso: original.

LA INSTITUCION DEL ROSARIO.—Loa en un acto y en verso: tomada de dos comedias antiguas.

EL AMOR Y LA LOTERÍA.—Juguete cómico en un acto y en verso: original.

UNOS SUBEN Y OTROS BAJAN.—Pasadizo tragi-cómico-filosófico, en un acto y en verso: original.

EL HIJO DE SU PADRE.—Juguete cómico en un acto y en prosa: tomado del francés.

EL YERNO DEL SEÑOR MANZANO.—Comedia en tres actos y en prosa: arreglada del francés en colaboracion con D. Eugenio Carbou y Ferrer.

(Las venden los Editores señores Hijos de A. Gullon.—Pozas, 2, 2.º)

NÓ DRAMÁTICAS.

UN VIAJE AL ESCORIAL.—Descripcion ordenada del Monasterio y Palacio erigidos por Felipe II, y de las modernas casitas del Infante y del Príncipe.—Un tomo.

POESÍAS, CUENTOS, LEYENDAS Y ARTÍCULOS LITERARIOS.—Un tomo.

GIRO MÚTUO POR TELÉGRAFO.—Sobre el establecimiento en España de dicho servicio.—Un folleto.

CINCO POESÍAS ESCOGIDAS.—Un tomito.

LAURA.—Novela de Pierre Blanchard: traducida del francés.—Un tomo.

SIEMPREVIVAS.—Poesías para la Infancia.—Un tomito.

(Se venden en las principales librerías.)

EL PUEBLO ANDALUZ: sus tipos, sus costumbres, sus cantares.—

Obra selecta, redactada en verso y prosa por nuestros primeros literatos: compilada por D. José María Gutierrez de Alba, y aumentada por D. José Martín y Santiago.—Un tomo.

(La venden Gaspar, Editores.—Príncipe, 4.)

MULTITUD DE POESÍAS Y ARTÍCULOS DE VARIAS CLASES.—Vieron la luz pública en diferentes periódicos ilustrados, científicos, políticos ó literarios de Madrid, Provincias y América.

OBRAS

DE

DON EUGENIO CARBOU Y FERRER.

CREER LO QUE NO ES.—Juguete cómico en un acto y en prosa: original.

(Lo vende el Editor Sr. Hidalgo.—Sevilla, 14, pral.)

EL YERNO DEL SEÑOR MANZANO.—Comedia en tres actos y en prosa: arreglada del francés en colaboracion con D. José Martin y Santiago.

(La venden los Editores señores Hijos de A. Gullon.—Pozas, 2, 2.º.)

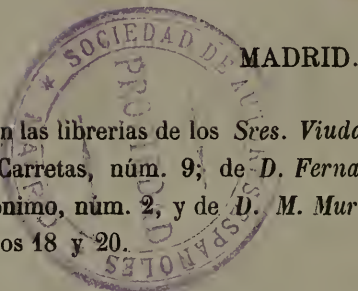
INCREMENTO A LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
La más preciada riqueza.....	1	D. Franc. Flores Garcia.	Todo.
Una palabra empeñada..	1	M. Baquero.....	»
Al santo, al santo!.....	2	M. Echegaray.....	»
Curarse de mal de suegra.....	2	M. Vallejo.....	»
El Doctor Diógenes.....	3	Sres. José Zorrilla y Luis Pacheco.....	»
El yerno del señor Manzano.....	3	E. Carbou y Ferrer y J. M. y Santiago.	»

ZARZUELAS.

Los duelos con pan-son menos.....	1	Sres. Povedano, Granés, Prieto.....	L. y M.
-----------------------------------	---	-------------------------------------	---------

PUNTOS DE VENTA.



En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.